

JAVIER RODRÍGUEZ

Suspendido y solitario entre el vacío y la negrura,
como una mota de polvo.

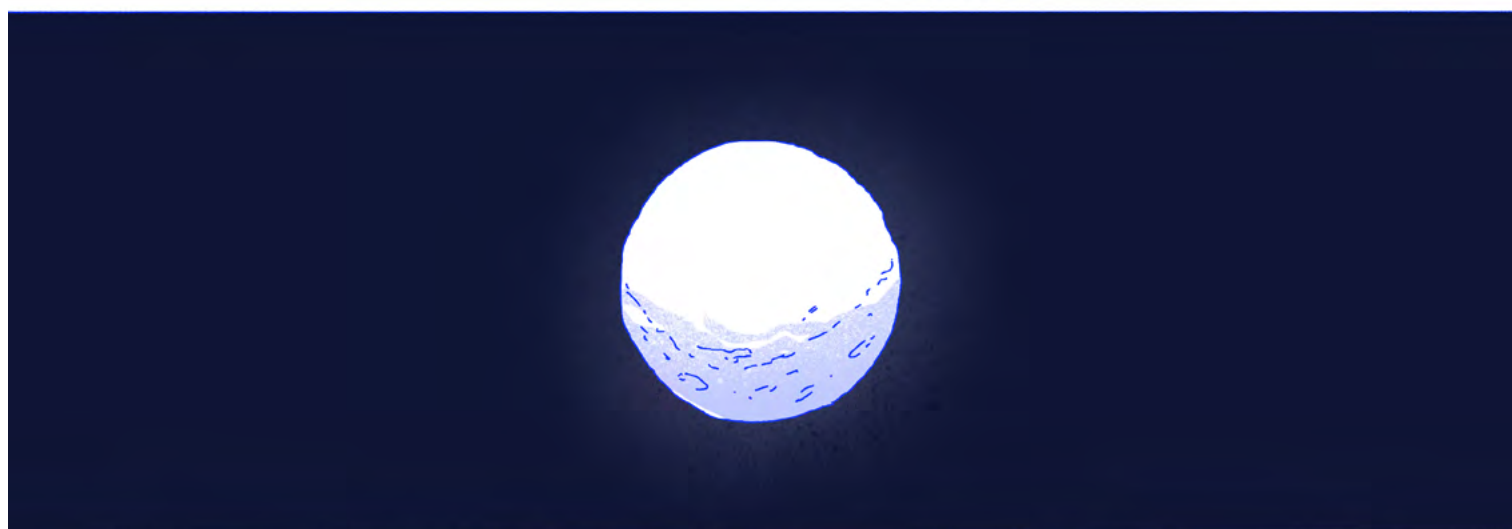
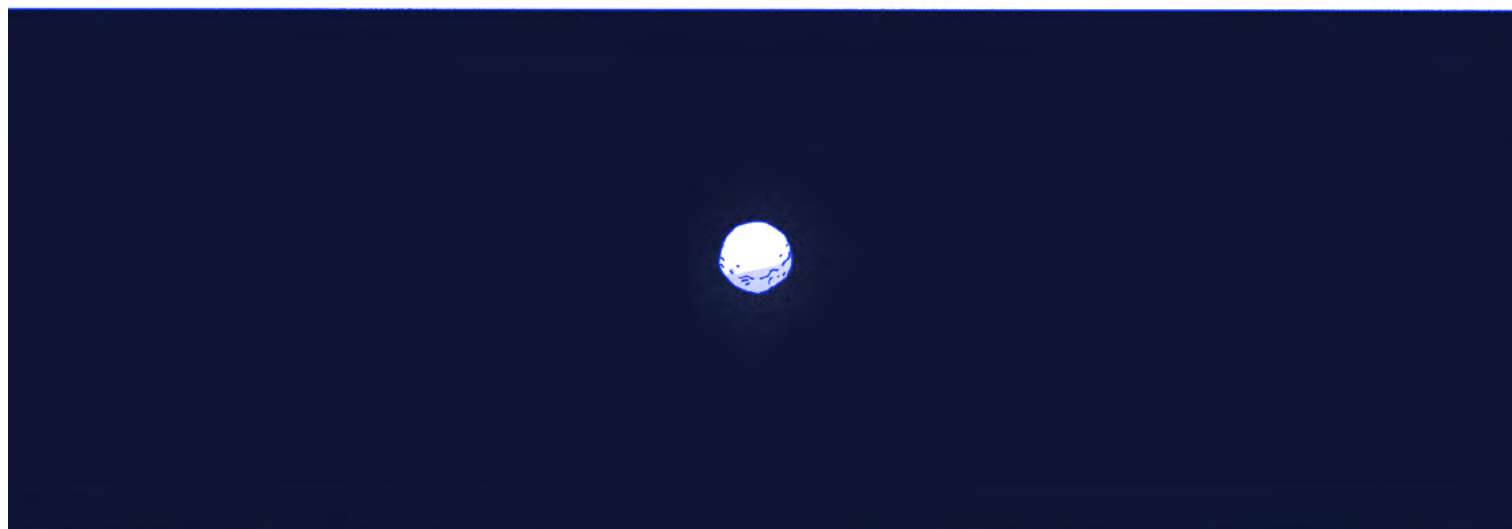
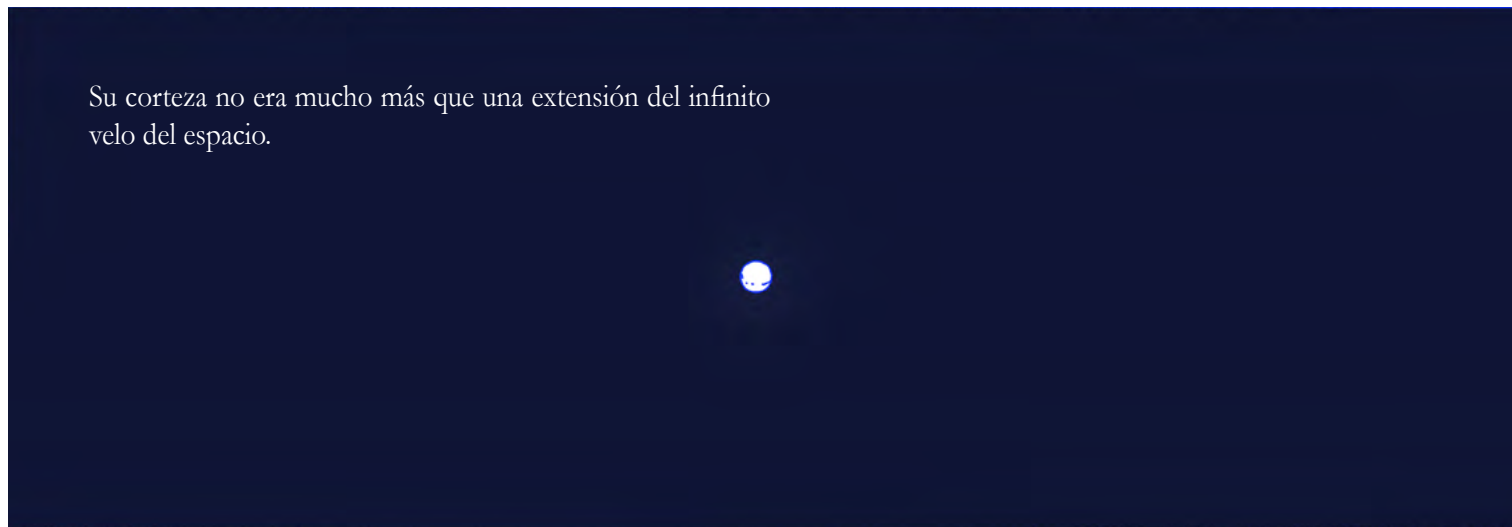


I. GERMEN

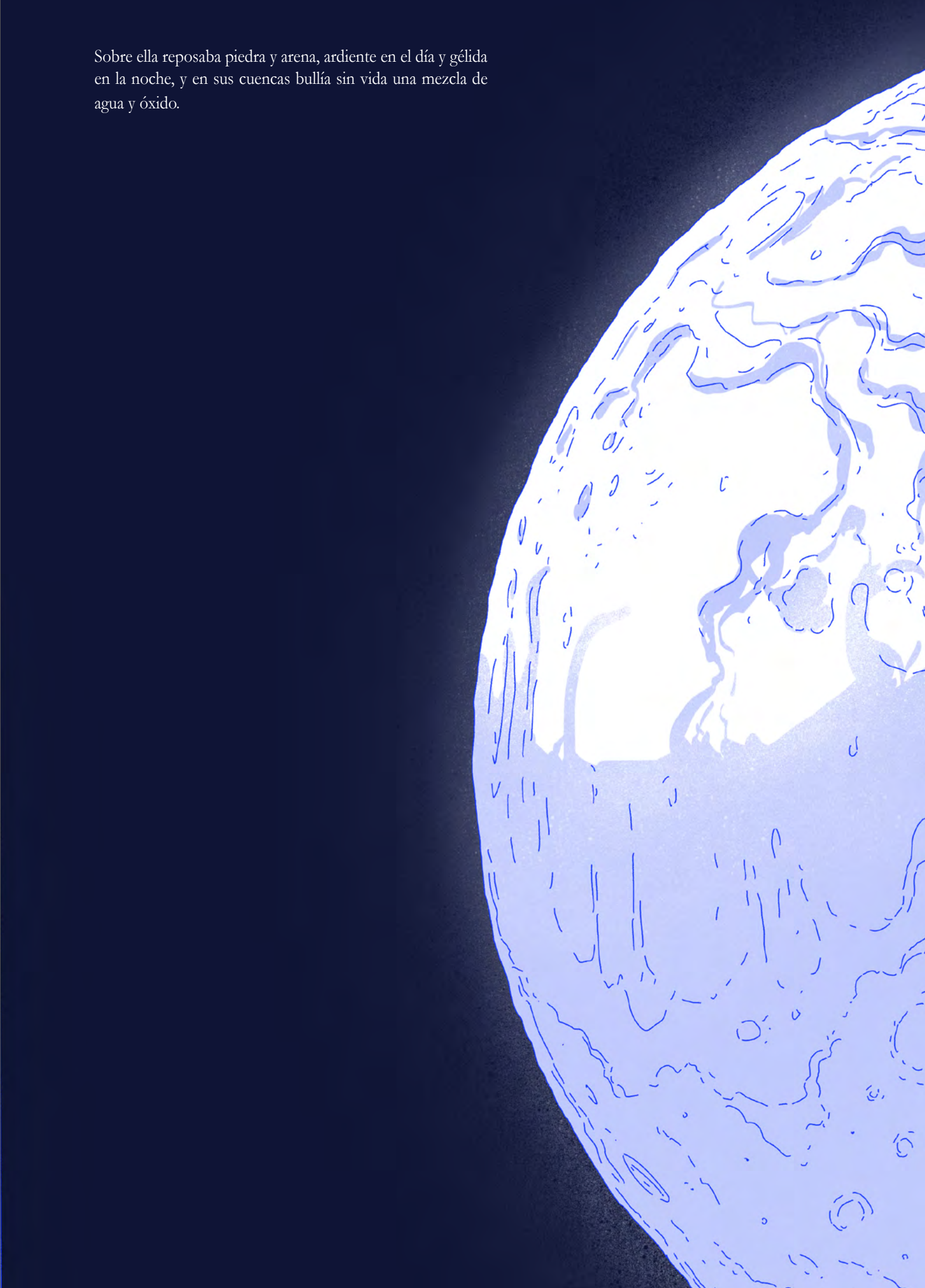
El ciclo de vida de la cigarra comienza con un diminuto huevo, colocado cuidadosamente bajo la corteza de pino. Allí aguardará pacientemente, arropado por la brisa y el frescor del mar, hasta su eclosión.



Su corteza no era mucho más que una extensión del infinito
velo del espacio.

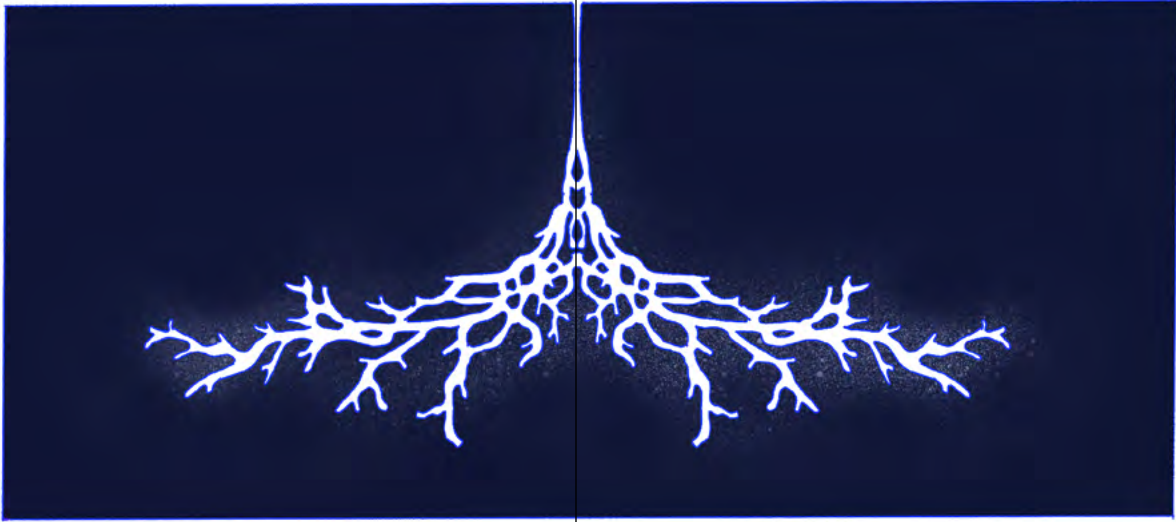
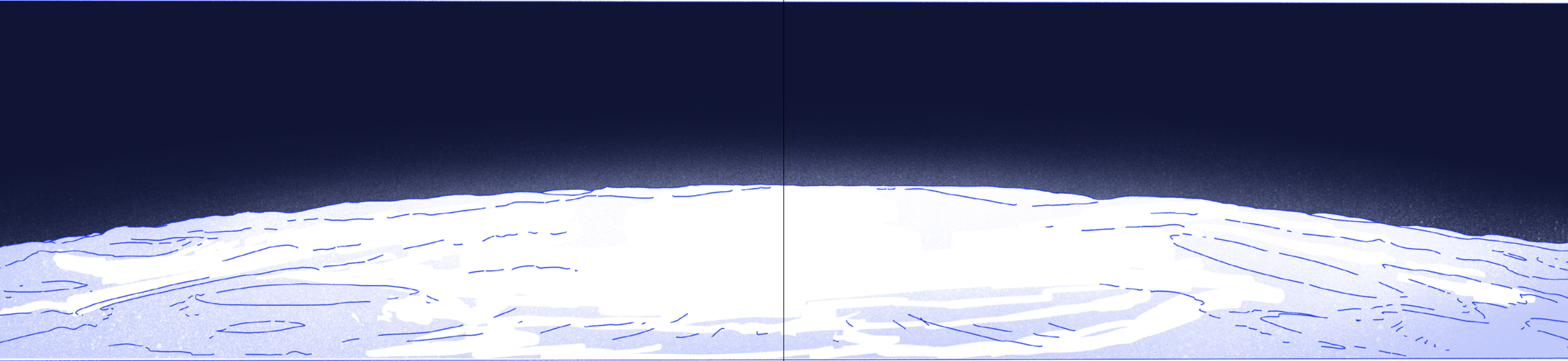


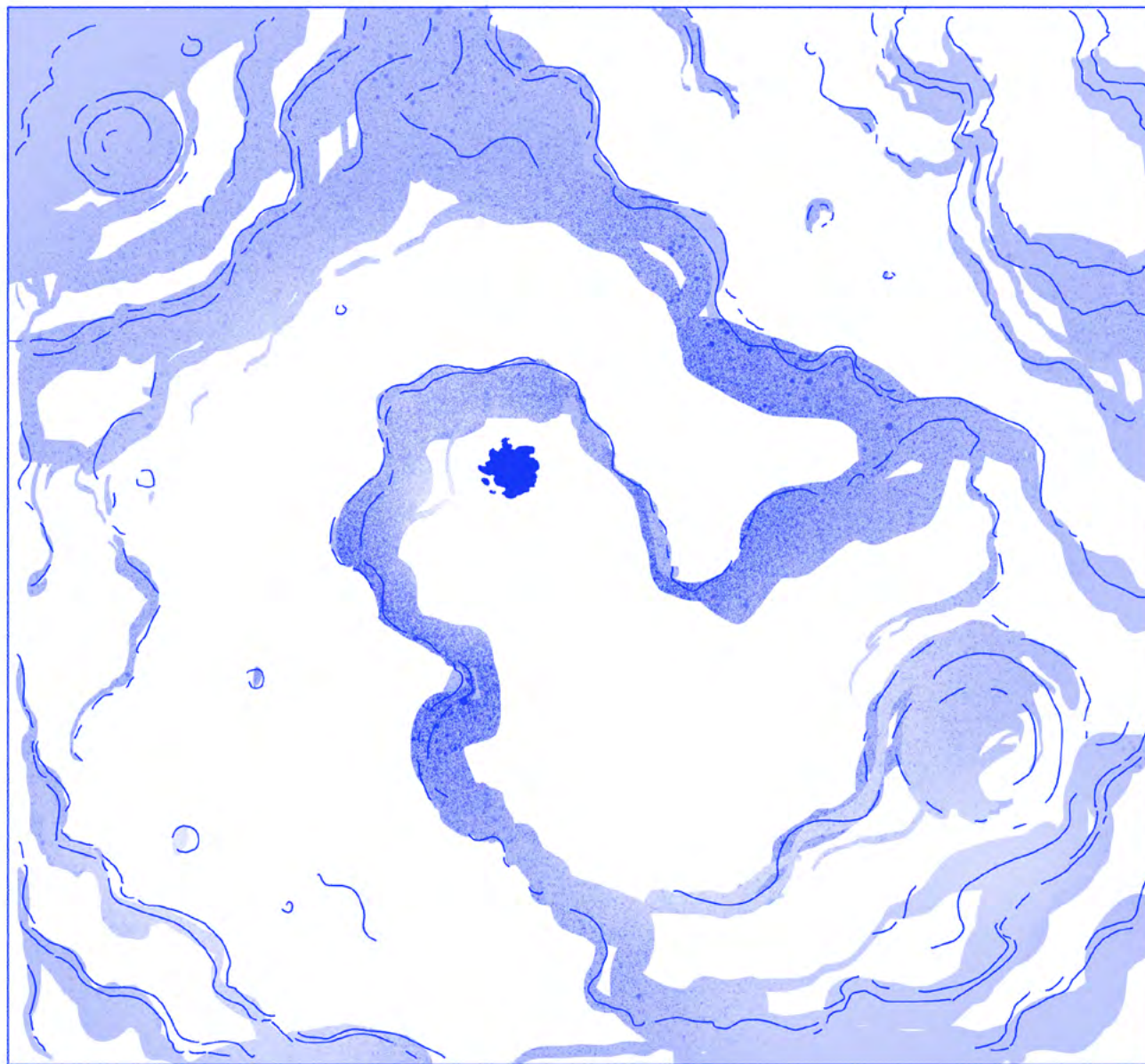
Sobre ella reposaba piedra y arena, ardiente en el día y gélida
en la noche, y en sus cuencas bullía sin vida una mezcla de
agua y óxido.



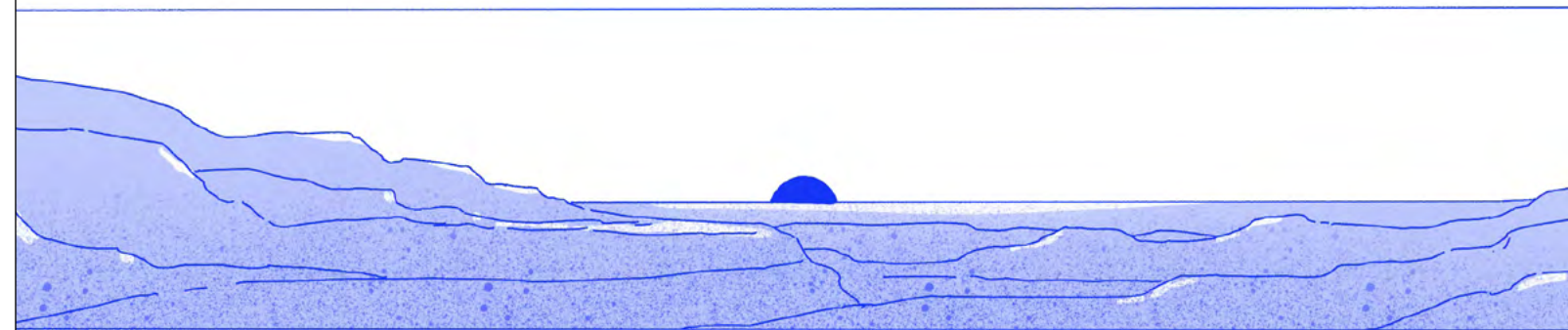
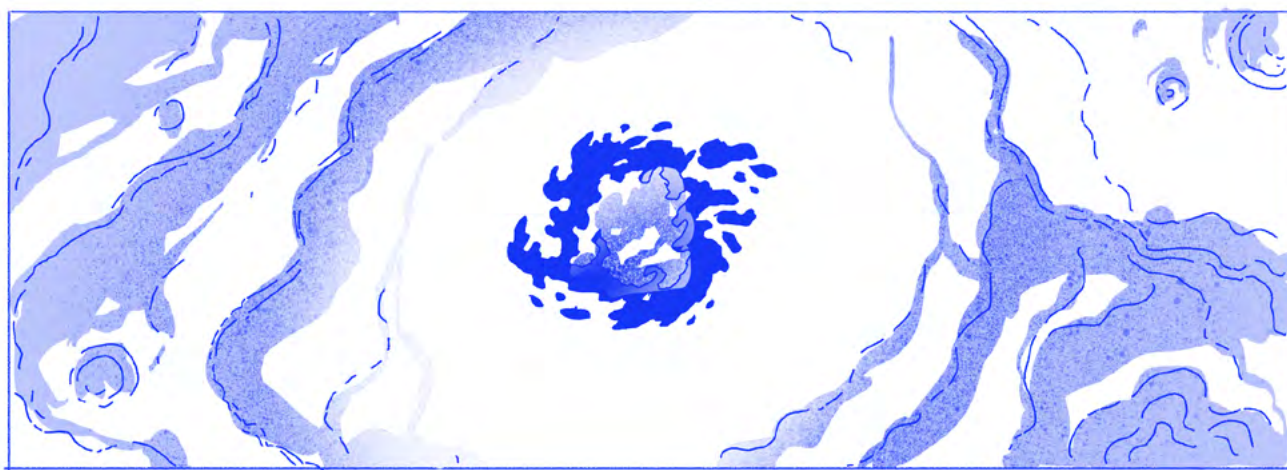
Lo inerte y yermo se extendía hasta el horizonte, cubriendo el planeta entero en un manto de quietud y pesadumbre.

Entre lo que podía disfrazarse como un silencio reptaba un suave rumor, un retumbar profundo y ancestral, arraigado a la roca como una raíz.

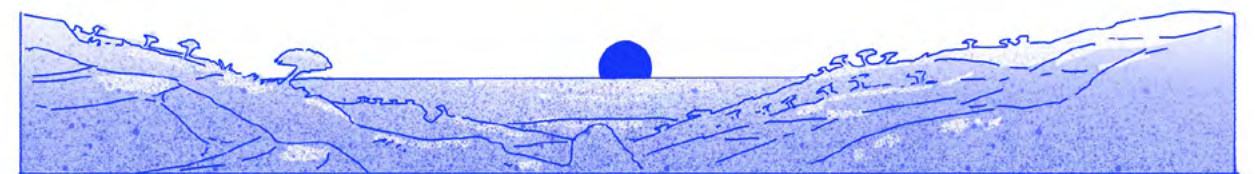




No obstante, guardado como un secreto entre el polvo y la sal,
existía un lugar oculto más allá del vacío de los valles.



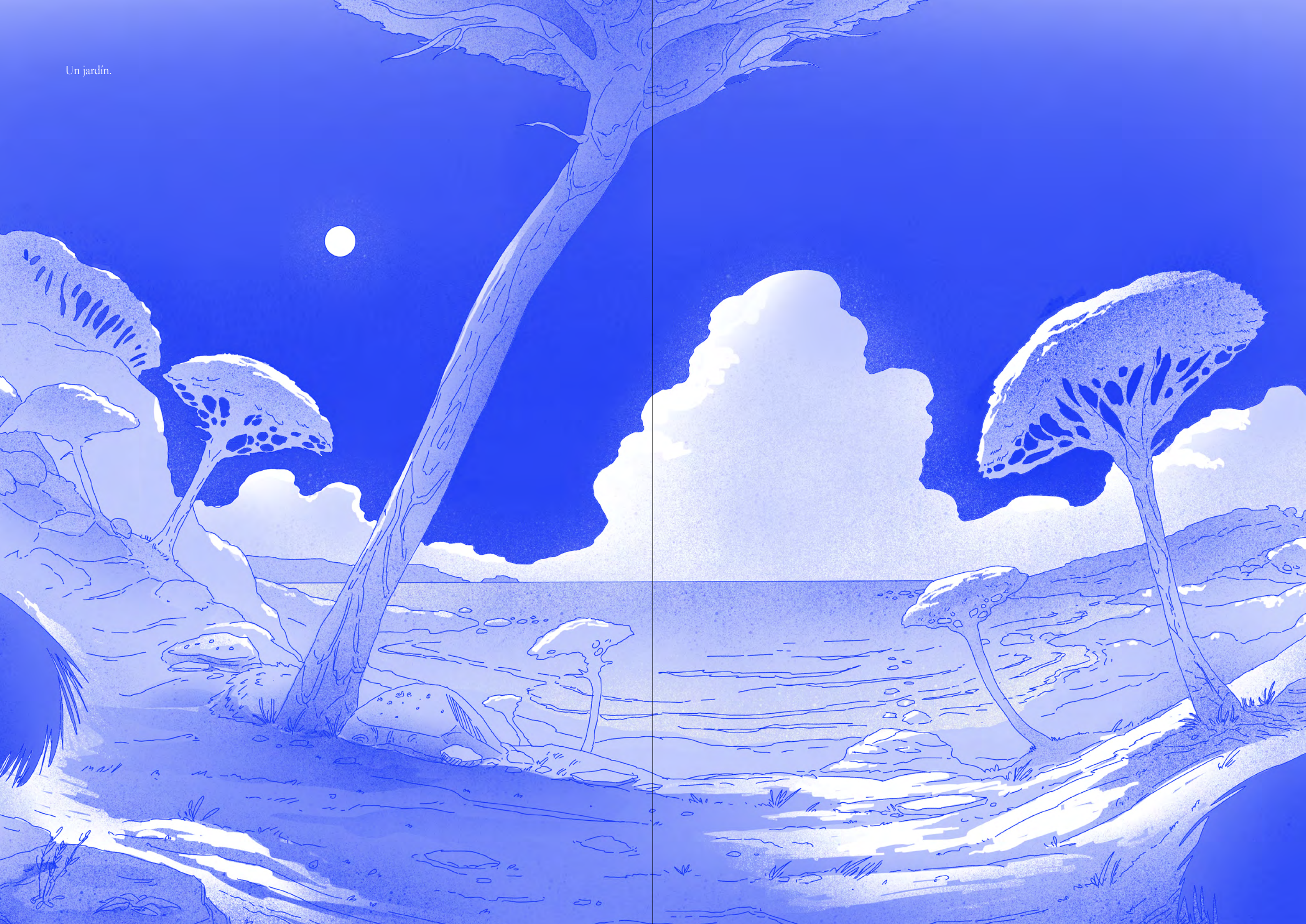
Un diminuto rescoldo de existencia perduraba, como la
perla yacente sobre un lecho de blanco coral.



En los límites del tiempo existía aún, en un planeta
olvidado, un lugar fértil y floreciente.



Un jardín.

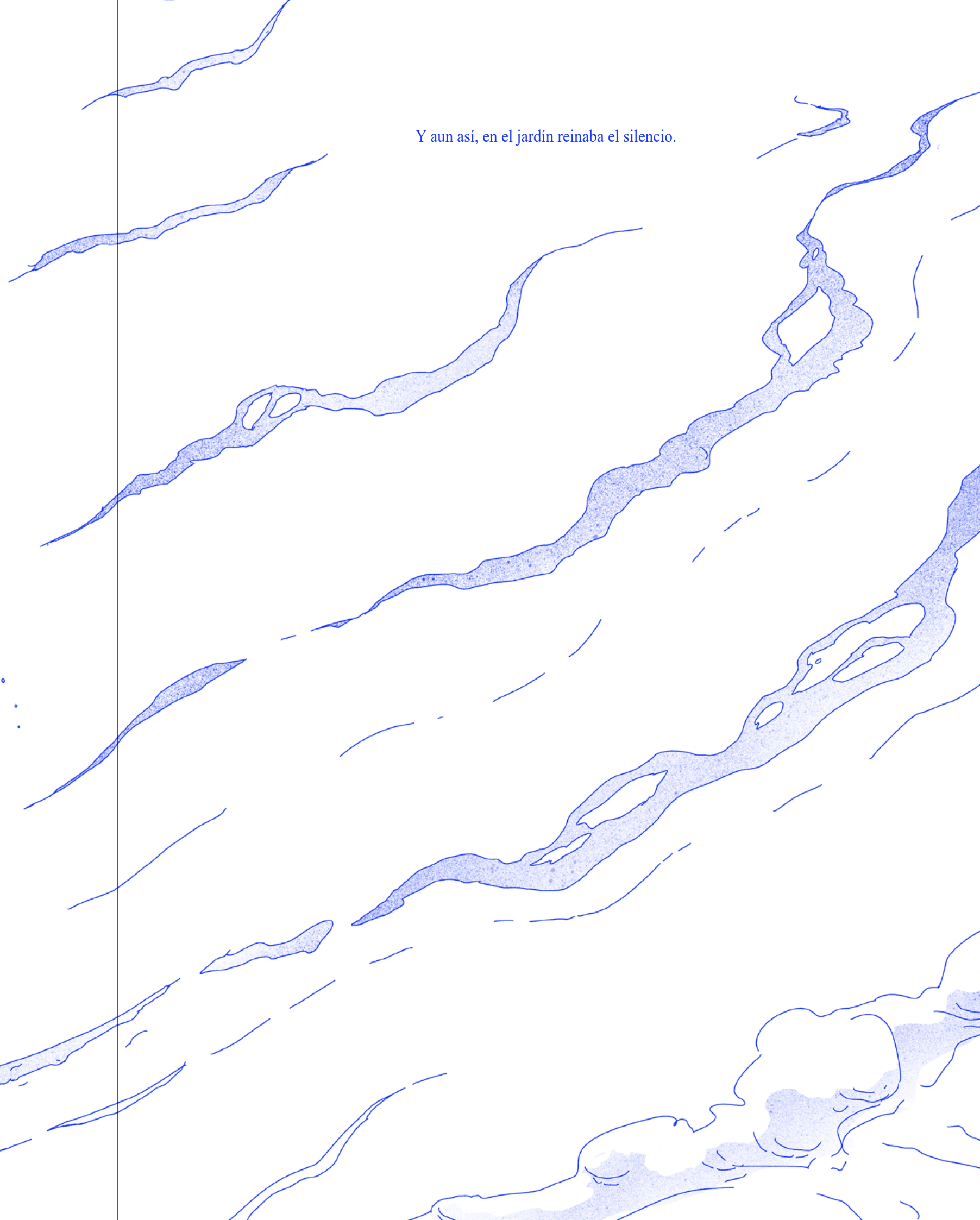


En el jardín fluía aún el agua dulce y crecía hierba sobre la tierra. Corría aún la brisa entre los árboles, que extendían sus raíces entre los riscos calizos y los lechos de arenisca y arcilla.

Entre sus recodos florecían calas de suave roca y playas de arena fina y plateada, y medraban todo tipo de moluscos, crustáceos, algas y plantas marinas.

Crecían pinos, encinas y fresnos, y también robles y acebuches, higueras y olivos.

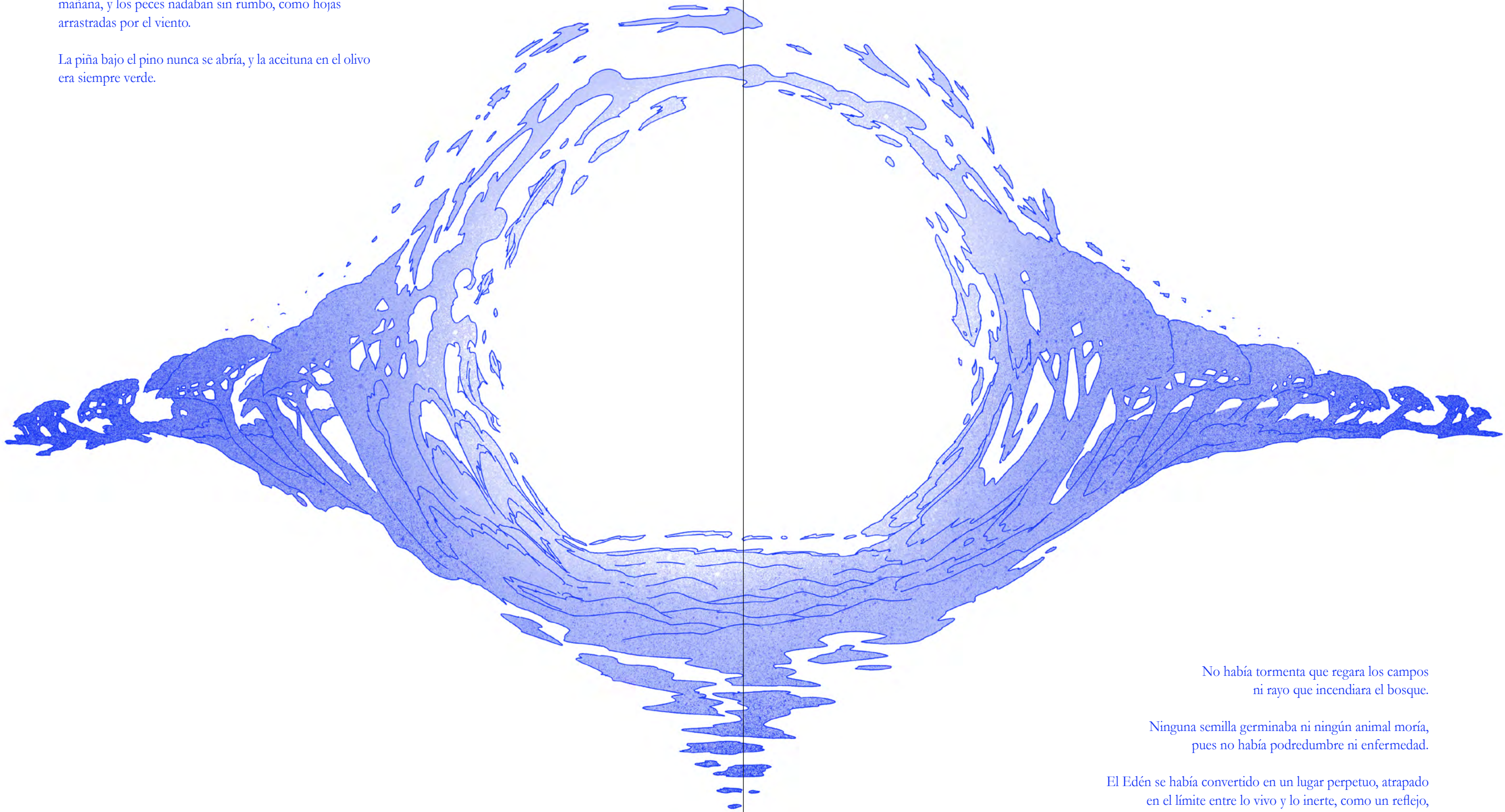
Y aun así, en el jardín reinaba el silencio.



Las olas rompían sin fuerza, murmurando un quejido tan
tenue que se desvanecía en la distancia.

Las aves volaban en solitario, sin distinguir la noche de la
mañana, y los peces nadaban sin rumbo, como hojas
arrastradas por el viento.

La piña bajo el pino nunca se abría, y la aceituna en el olivo
era siempre verde.



No había tormenta que regara los campos
ni rayo que incendiara el bosque.

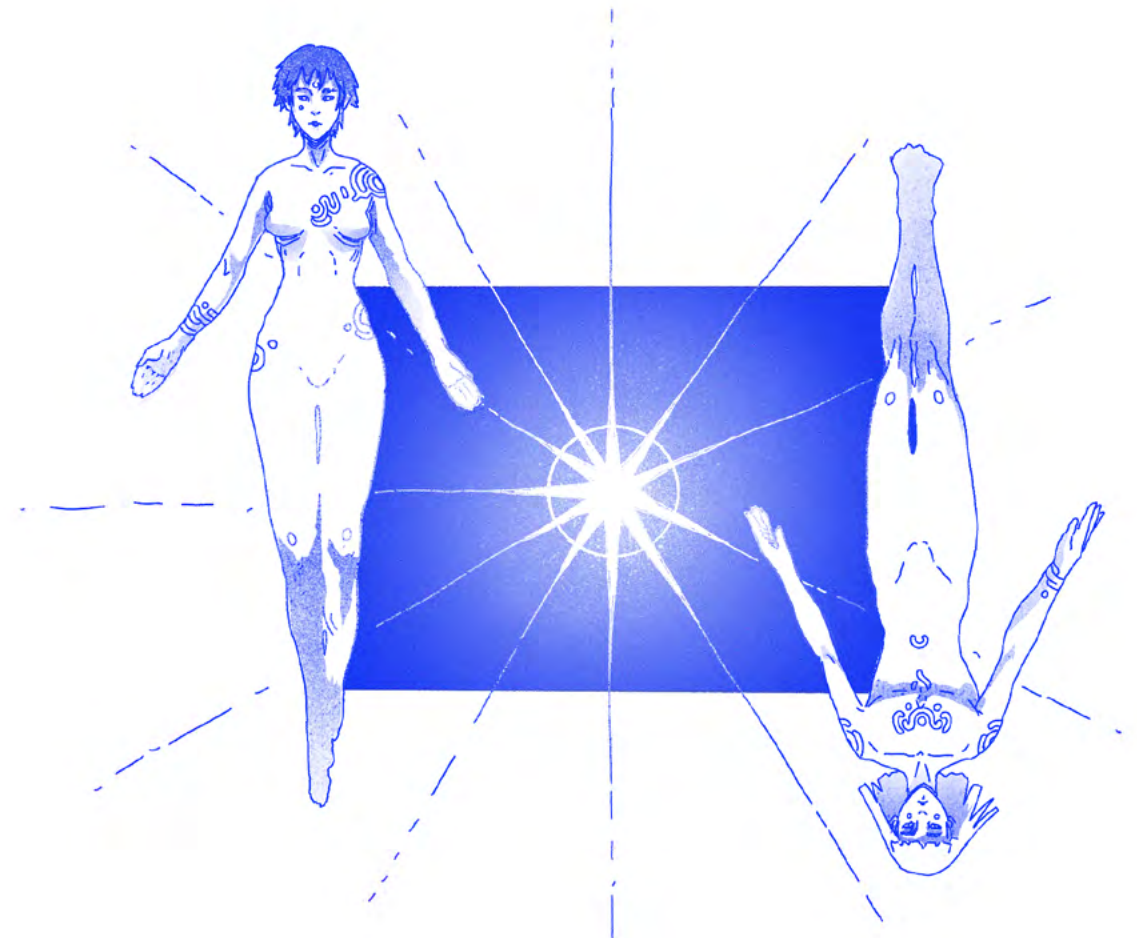
Ninguna semilla germinaba ni ningún animal moría,
pues no había podredumbre ni enfermedad.

El Edén se había convertido en un lugar perpetuo, atrapado
en el límite entre lo vivo y lo inerte, como un reflejo,
como un espejismo.

Sin embargo, en él existían aún dos seres libres e independientes.



Ellos eran los guardianes ancestrales del jardín, encargados de cuidarlo y mantenerlo como un lugar de vida y permanencia.



Se llamaban Renn y Naz, y sus cuerpos, tallados a la par, eran frutos de un mismo árbol y hermanos de una misma sangre.

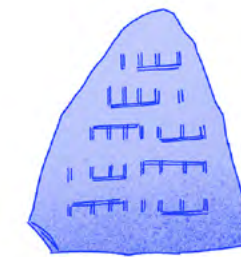


Renn terminó de tallar una fina línea sobre la roca.

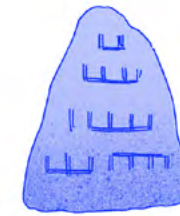
Se encontraba en lo alto de una pequeña colina, rodeada de grandes pedruscos que se alzaban por encima de las hierbas y los matojos.



Hacía tiempo que era ella quien marcaba la piedra, una vez por cada vuelta alrededor del moribundo sol.



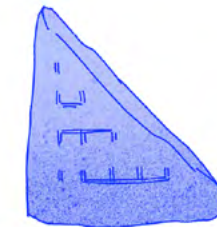
0235



1802



3739



5426



7978



9989

Aunque los años hubieran perdido ya su significado, Renn seguía llevando la cuenta de forma instintiva, como el vestigio de una rutina antigua y familiar.

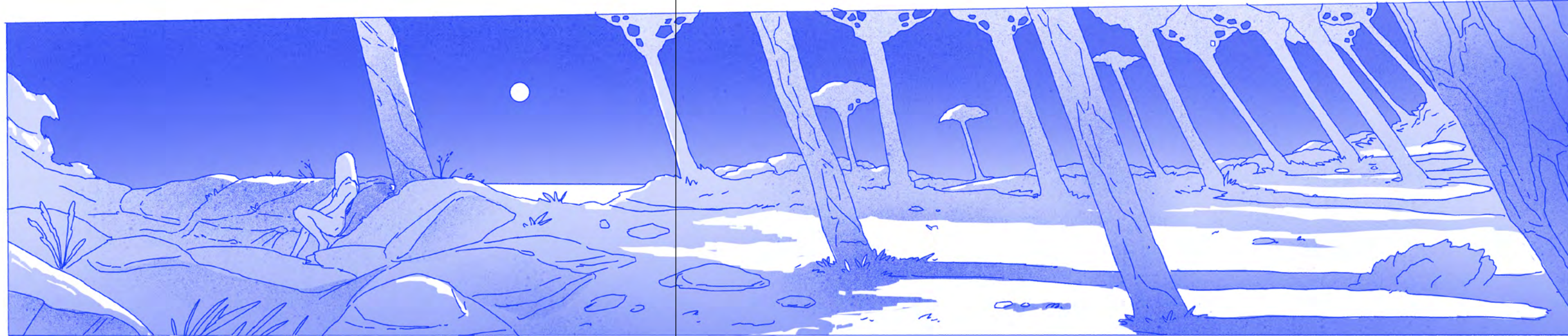
La colina estaba repleta de frías lascas de piedra tallada, reposando con sus caras lisas orientadas hacia el cielo.



Algo más allá, Naz aún dormitaba.

El ruido del cincel se abrió paso a través del silencio de la madrugada, ágil, y lo alejó de su descanso.

Alzó la vista y divisó el mar en calma.



Entre las acículas de pino serpenteaban ya las primeras luces de la mañana, arrojando los riscos y coloreando de naranja el rocío sobre la hierba.



Renn observó la piedra durante unos instantes, y después comenzó a descender lentamente la solitaria loma.

Una vez abajo, llegó al pequeño claro donde Naz descansaba.

El espacio vacío entre ellos pareció tensarse, rígido como una tela a punto de ser rasgada, como expectante a que sucediera alguna cosa, un ademán, una interacción.

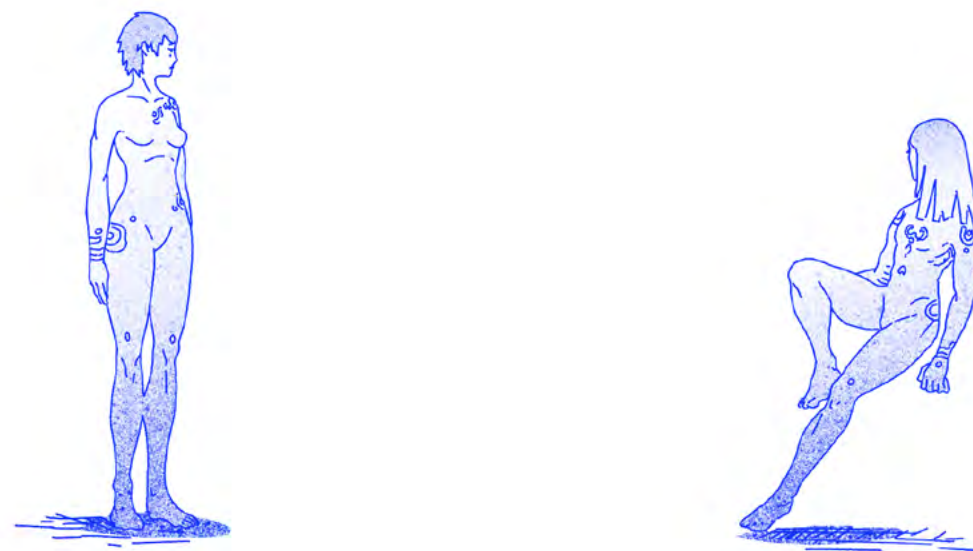
Ambos permanecieron estáticos, y sus siluetas pálidas se recortaron sobre el azul telón de fondo.



El tiempo erosionaba lentamente el espíritu de seres incluso tan eternos como Naz y Renn, tornándolos huecos y reduciéndolos a aquello más esencial, a algo casi infantil.

Hacía varios siglos que en Edén no se oía una risa, una canción, o siquiera una palabra, pues esas cosas no tenían ya ningún significado.

Su ausencia, densa y pesada, se extendía por todos los rincones del jardín.

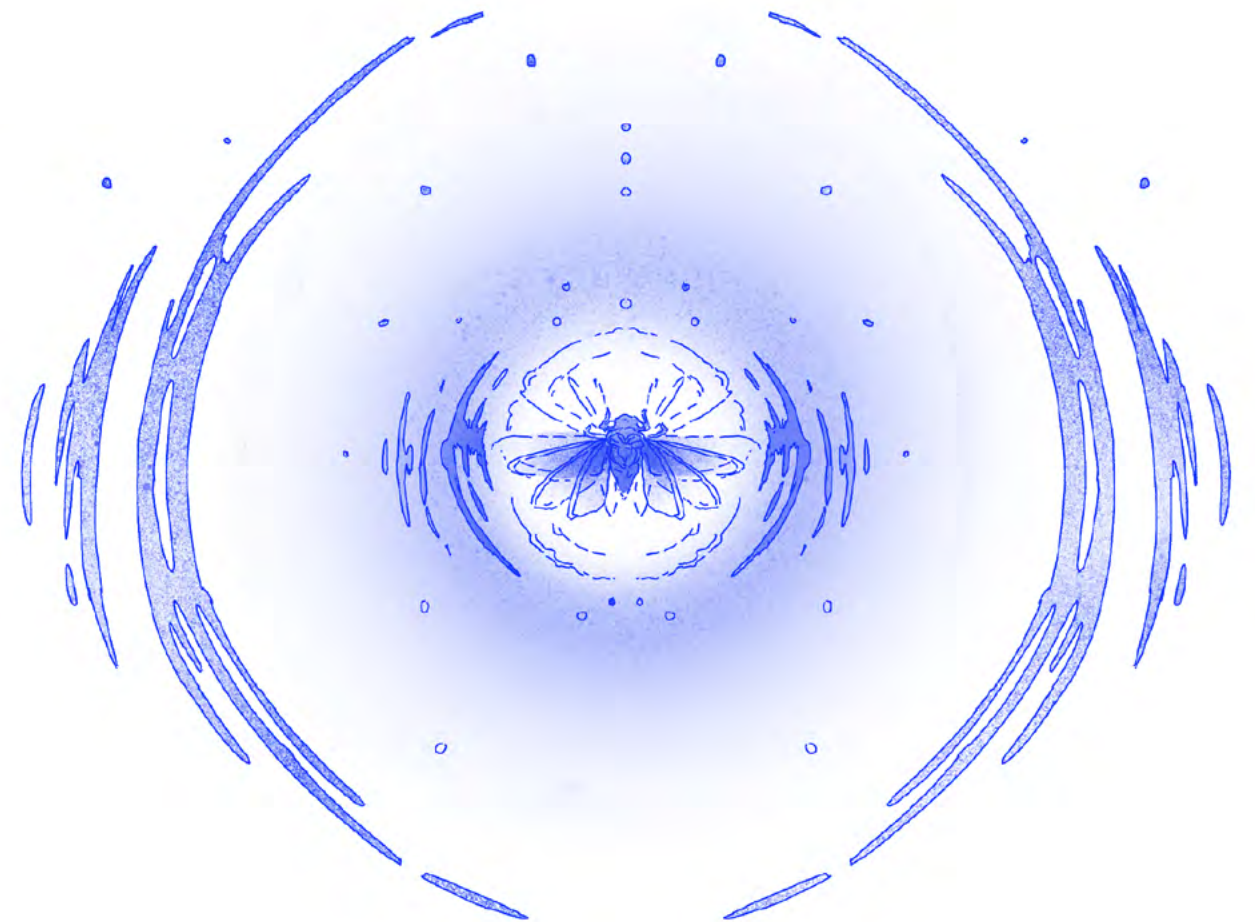


Y de forma repentina, algo se abrió camino entre el silencio.

Naz apenas lo percibió, sumido en el susurro débil y moribundo de las olas.



Renn, en cambio, se percató de inmediato.



Desde la lejanía se alzó un sonido olvidado y antiguo,
tenue en la distancia pero rotundo sobre la calma.

Tras miles de años mudo, el canto de una cigarra resonó
de nuevo en el aire, y su eco relleno el vacío en el jardín.

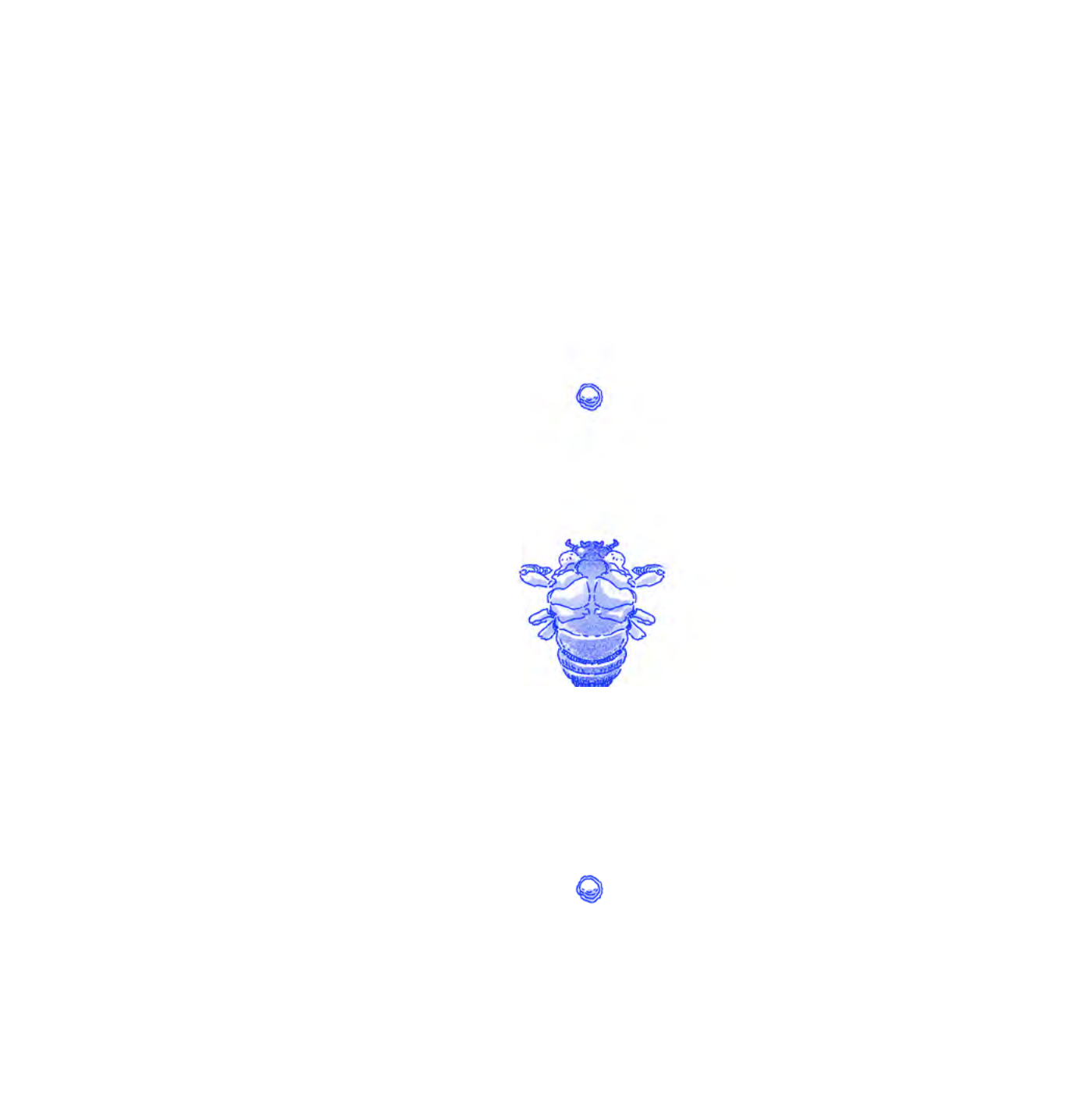


II. NINFA/EXUVIA



La larva de la cigarra crecerá poco a poco, nutriéndose de la carne bajo la corteza donde vio la luz por primera vez. A medida que aumente de tamaño, irá dejando atrás las mudas de su antiguo cuerpo, pequeñas y vacías.

La larva se convertirá entonces en ninfa, y caerá del árbol para enterrar su cuerpo bajo la tierra húmeda y fértil.



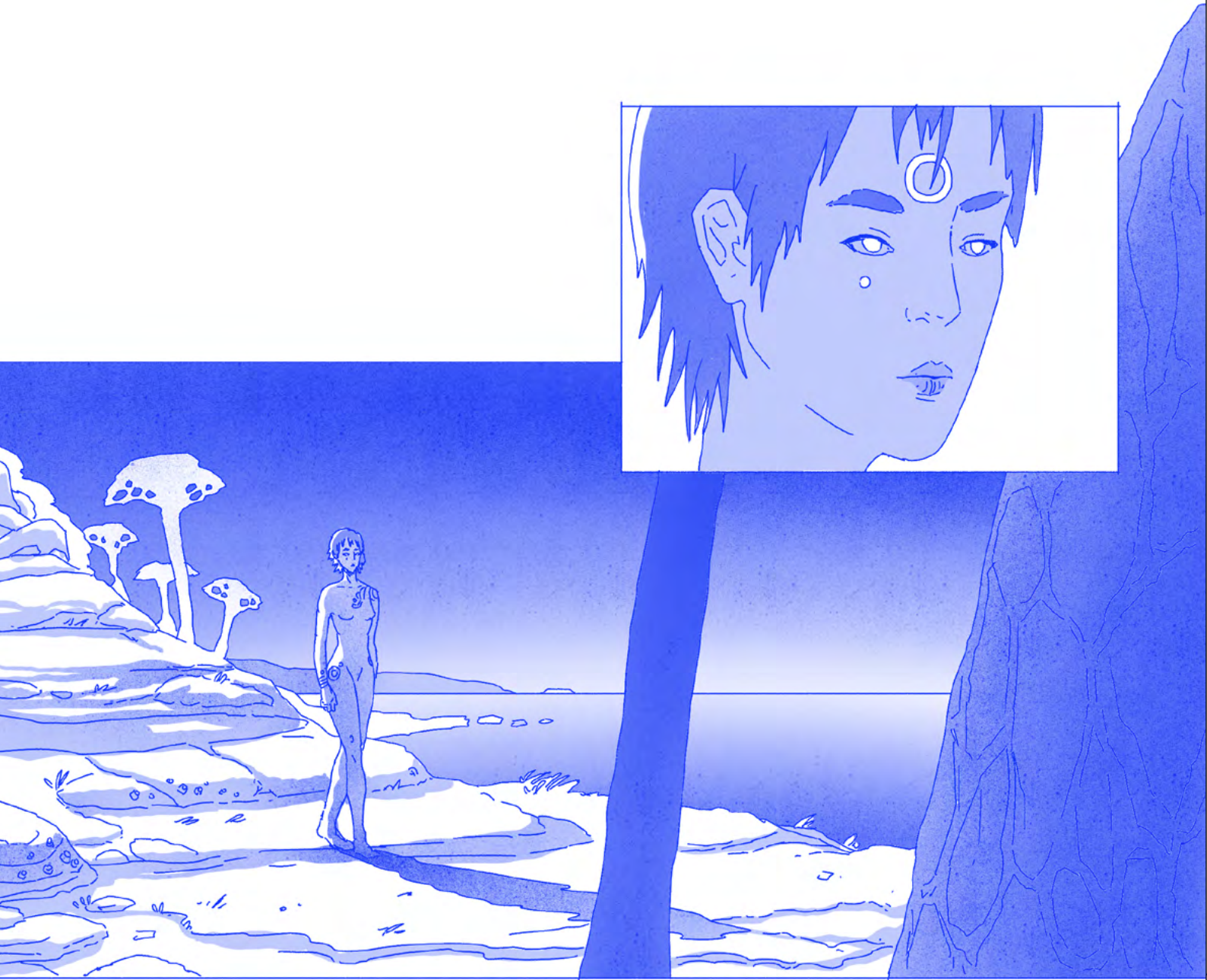
La cigarra adulta saldrá de la tierra y se posará en los árboles y arbustos para cantar y reproducirse.

Después de unos meses, la cigarra adulta caerá al suelo y será devorada por los insectos.

Renn sintió un impulso instantáneo que la llevó a comenzar a andar.

El sonido de la cigarra destacaba por encima de todo aquello a su alrededor, rozando con la quietud y la redondez del jardín.

Sintió su canto reverberar en una lejana parte de su sí misma, como saciando una sed antigua y olvidada.

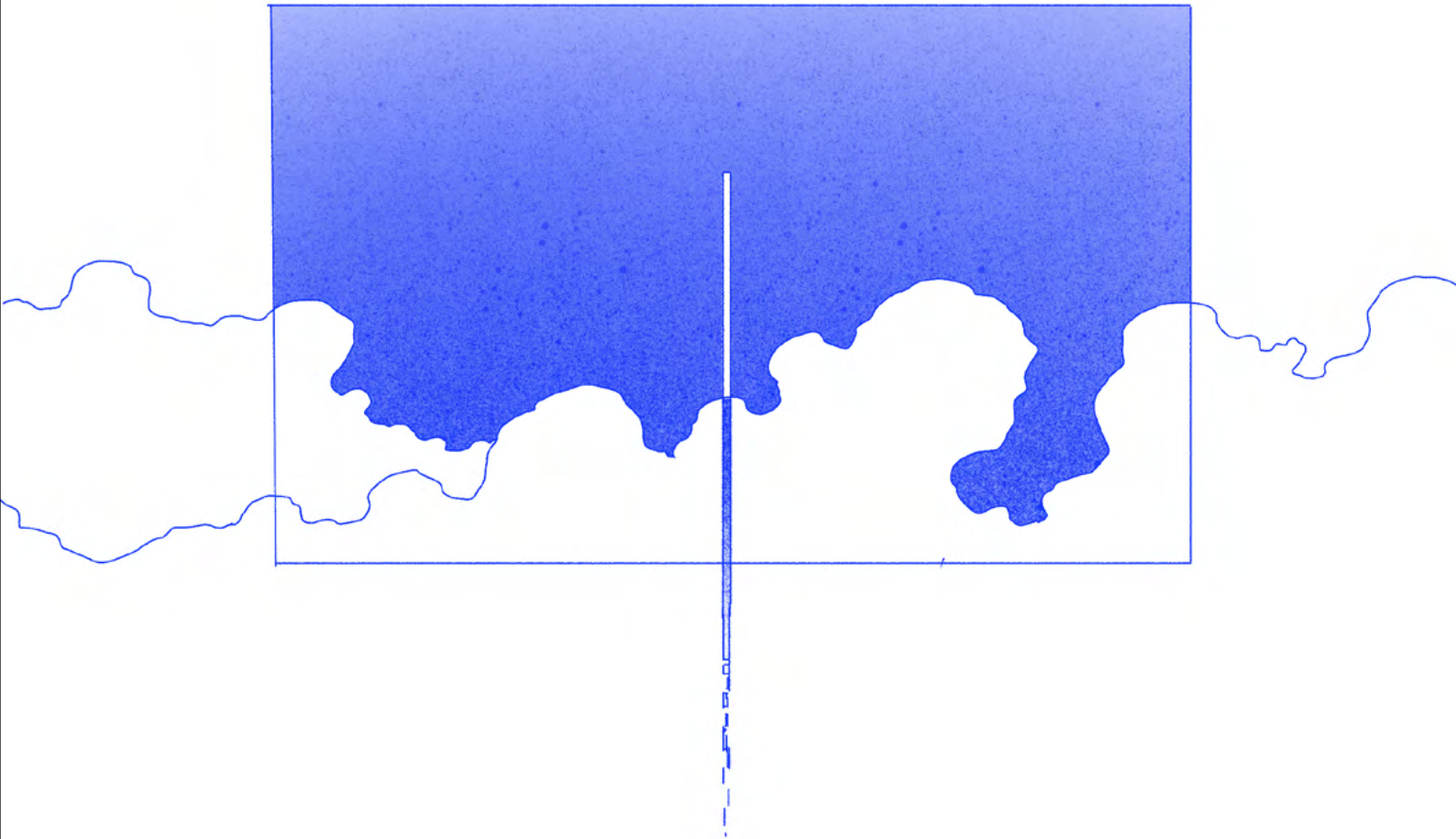


Naz permaneció reclinado sobre la piedra, sin sentir la necesidad de abrir los ojos, y notó en el aire a su hermana alejarse con su característico aplomo y ligereza.



Captó una sutileza, una pequeña irregularidad en su ritmo, más resuelto que la abstracta marcha habitual, como una línea recta trazada sobre las nubes, algo antinatural.

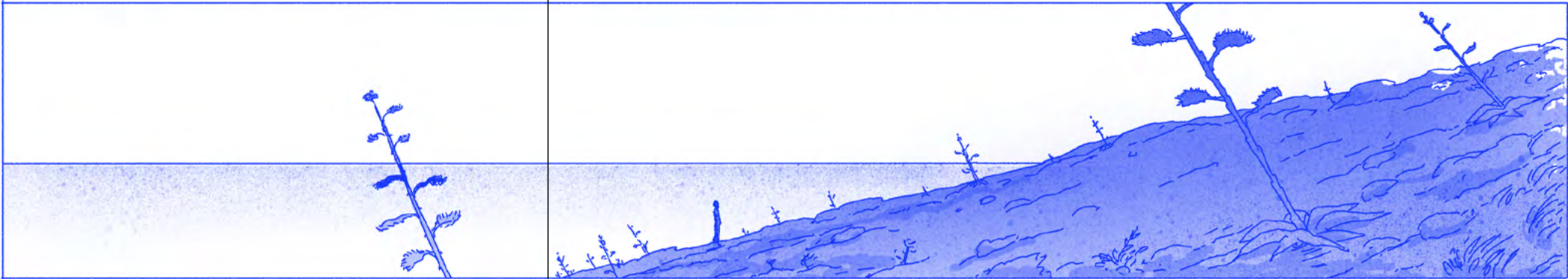
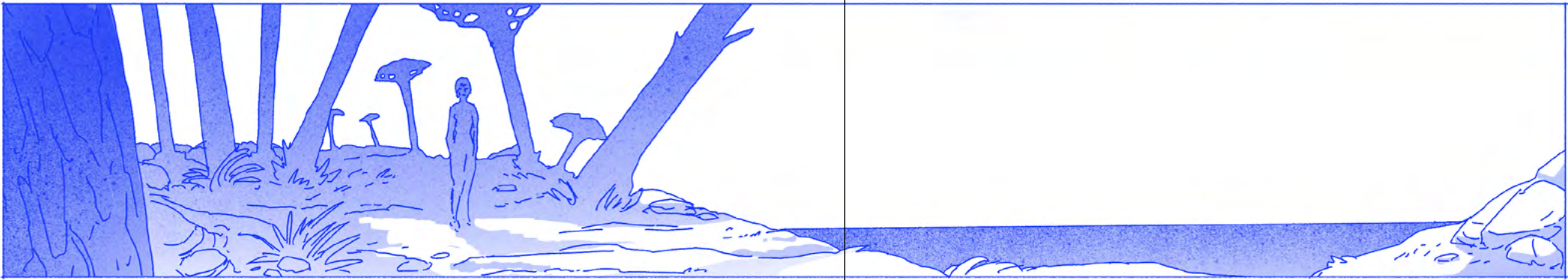
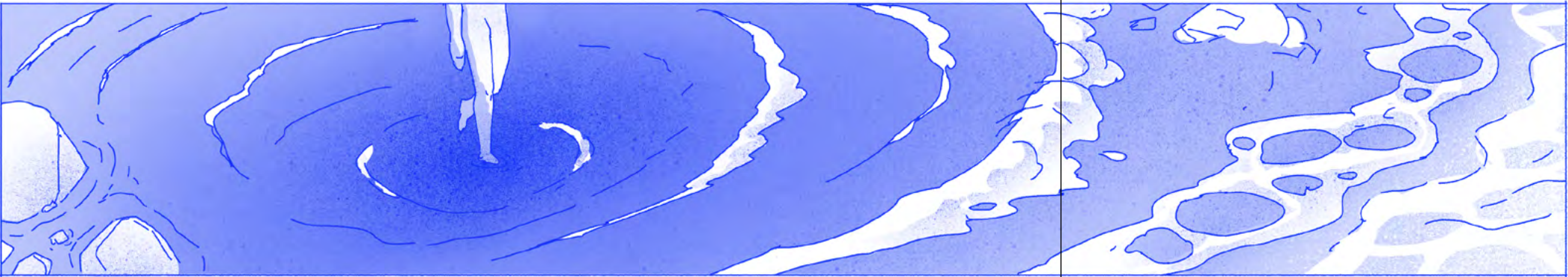
Dudó unos instantes, y finalmente decidió no hacer nada.



Renn marchó a través del jardín como un autómata.

Atravesó el encinar y varios de los pinares.
Rodeó los acantilados y ascendió las lomas entre olivos y a través del bosque de robles.
Paseó entre calas y sobre las suaves olas, sin detenerse a observar su patrón ni a atender a su murmullo.

Avanzó más lejos que nunca, a lugares que había olvidado, donde el jardín comenzaba ya a distorsionarse y retorcerse sobre sí mismo, arrugando sus propios contornos.

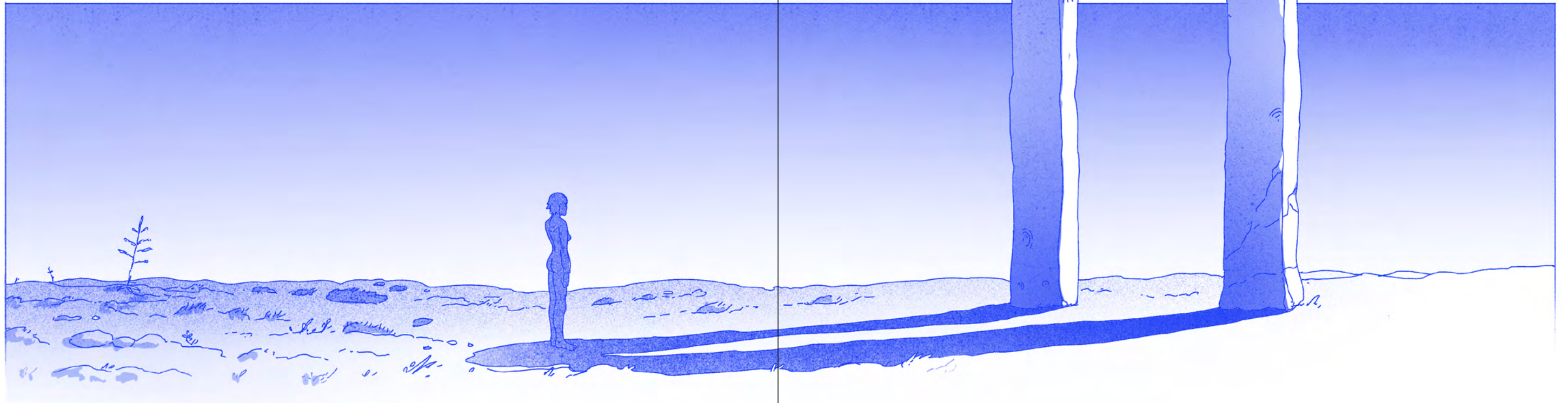


Avanzó aún más allá, y se topó con una puerta.

La puerta era un simple arco de piedra, hueco. No tenía pomo ni cerrojo, y tampoco unía un muro ni ninguna pared.

Lo único que separaba el fértil jardín del páramo exterior era la voluntad, o el deseo, de querer atravesar el arco de piedra, de descubrir lo que habría más allá.

La salida del Edén no era una puerta, sino un umbral.



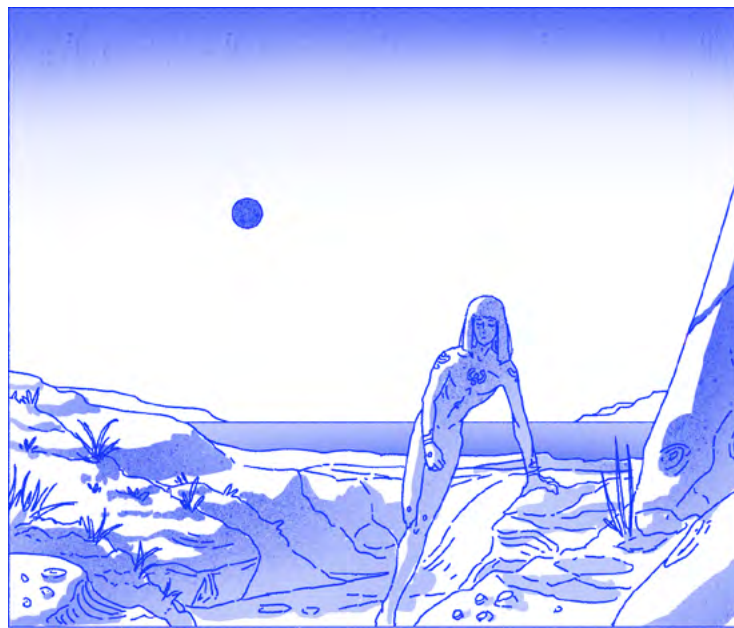
Renn se detuvo frente al arco de piedra, oculta bajo su sombra. Podía notar la el canto de la cigarra ardiendo con calidez en su interior, como la llama de su propio nombre.

Permaneció arropada por la calma del jardín un poco más, y finalmente cruzó el umbral.

Renn abandonó el Edén.

Naz se desperezó.
Apartó su mirada del mar y se irguió con lentitud, disponiendo su consciencia a su alrededor.

Saboreó la sal en la brisa durante unos instantes, y comenzó a rebuscar entre los rincones de su mente un lugar en el que pasar el día.



Volvió a notar por un segundo la extrañeza en el aire, una ligera discordancia en el tejido que unía todas las cosas, normalmente inmóviles y uniformes en el jardín.

Decidió ignorar ese pensamiento y emprendió su camino en calma.

Descendió el risco, atravesó el bosque al oeste y terminó correteando entre las rocas de varias calas.



Llegó a un pequeño islote sobre el que se erguía un anillo de piedra, y allí cambió de rumbo.

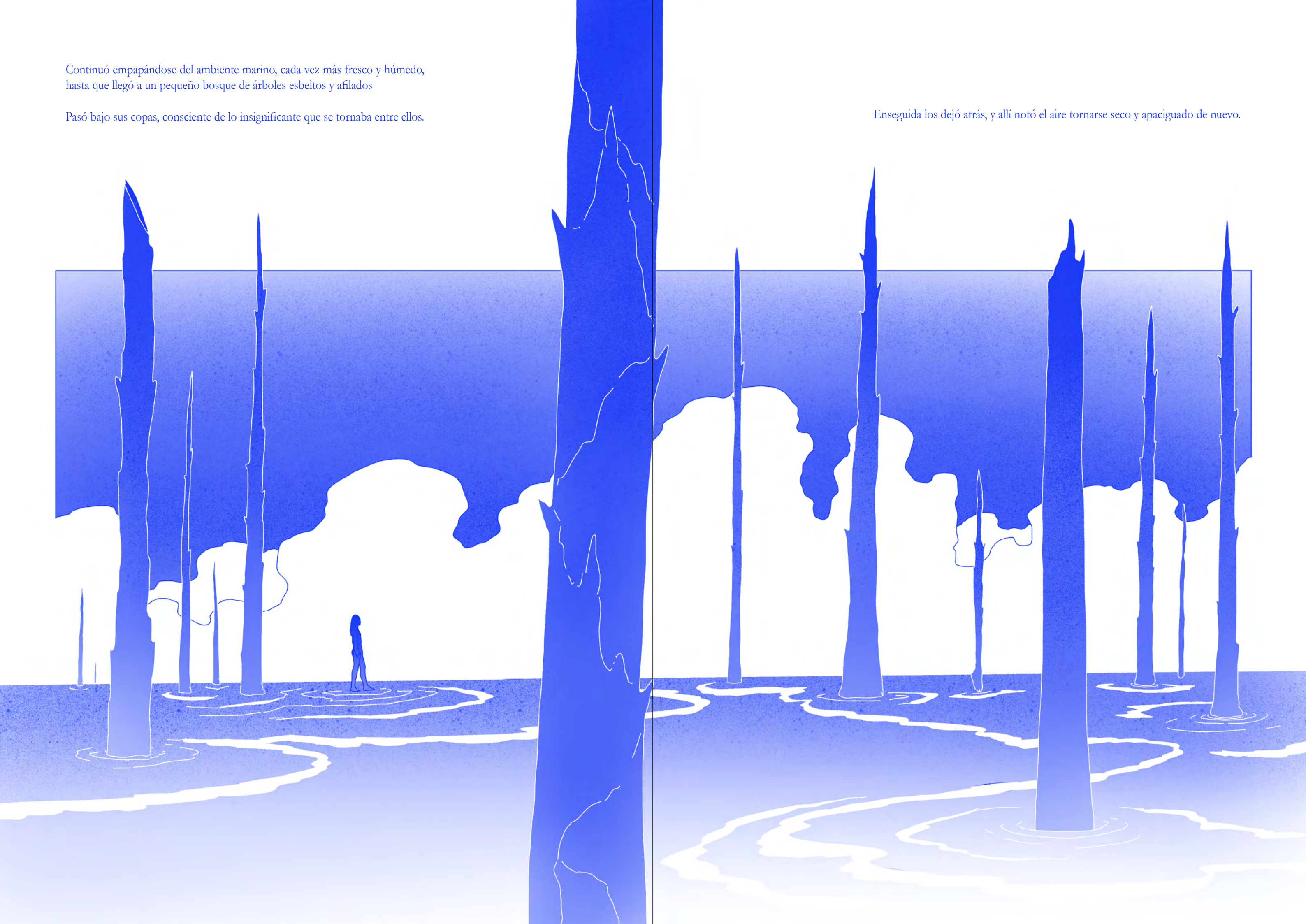
Dirigió su marcha hacia mar adentro, paseando lentamente sobre las olas en calma, que lo mecieron arriba y abajo con delicadeza.

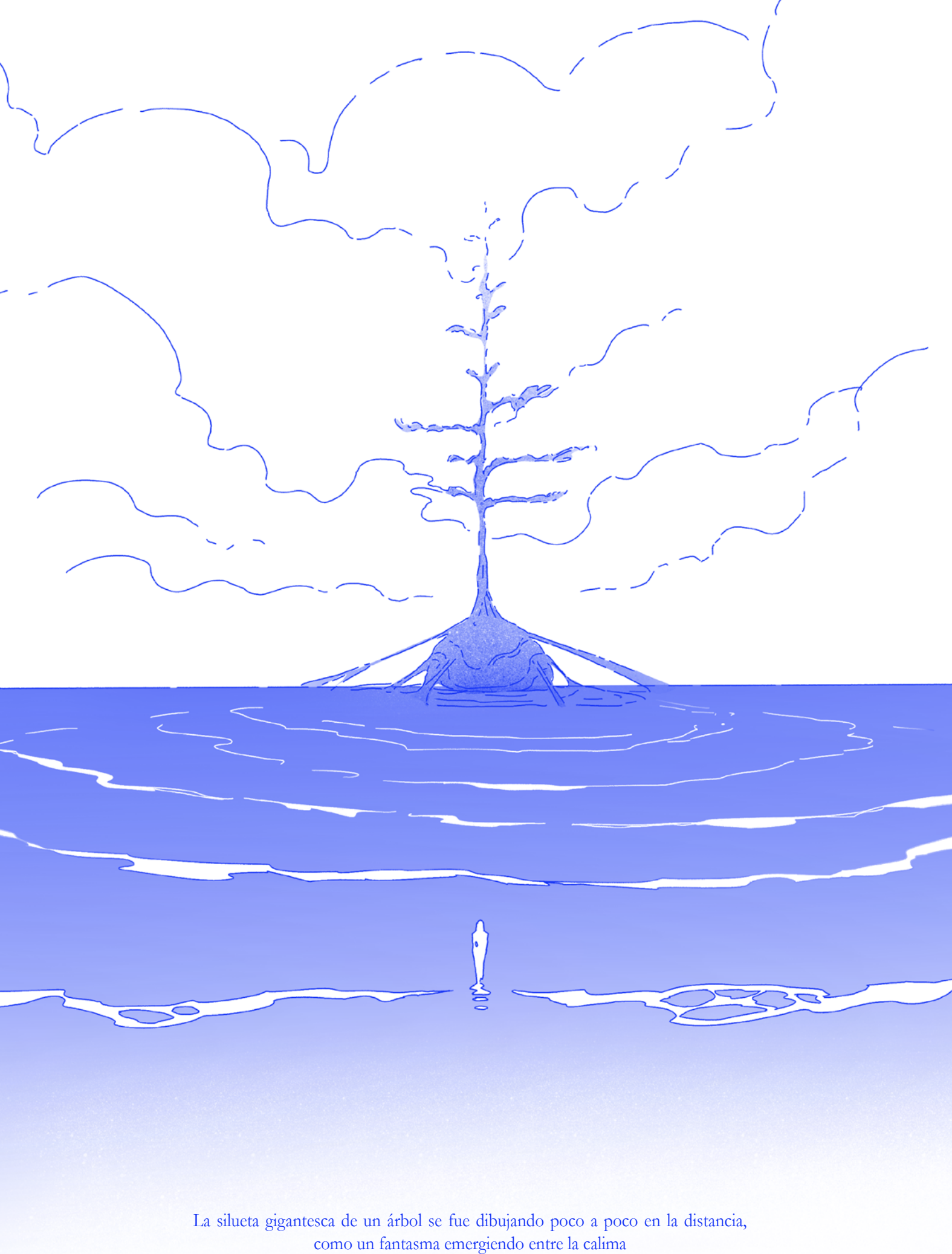


Continuó empapándose del ambiente marino, cada vez más fresco y húmedo, hasta que llegó a un pequeño bosque de árboles esbeltos y afilados

Pasó bajo sus copas, consciente de lo insignificante que se tornaba entre ellos.

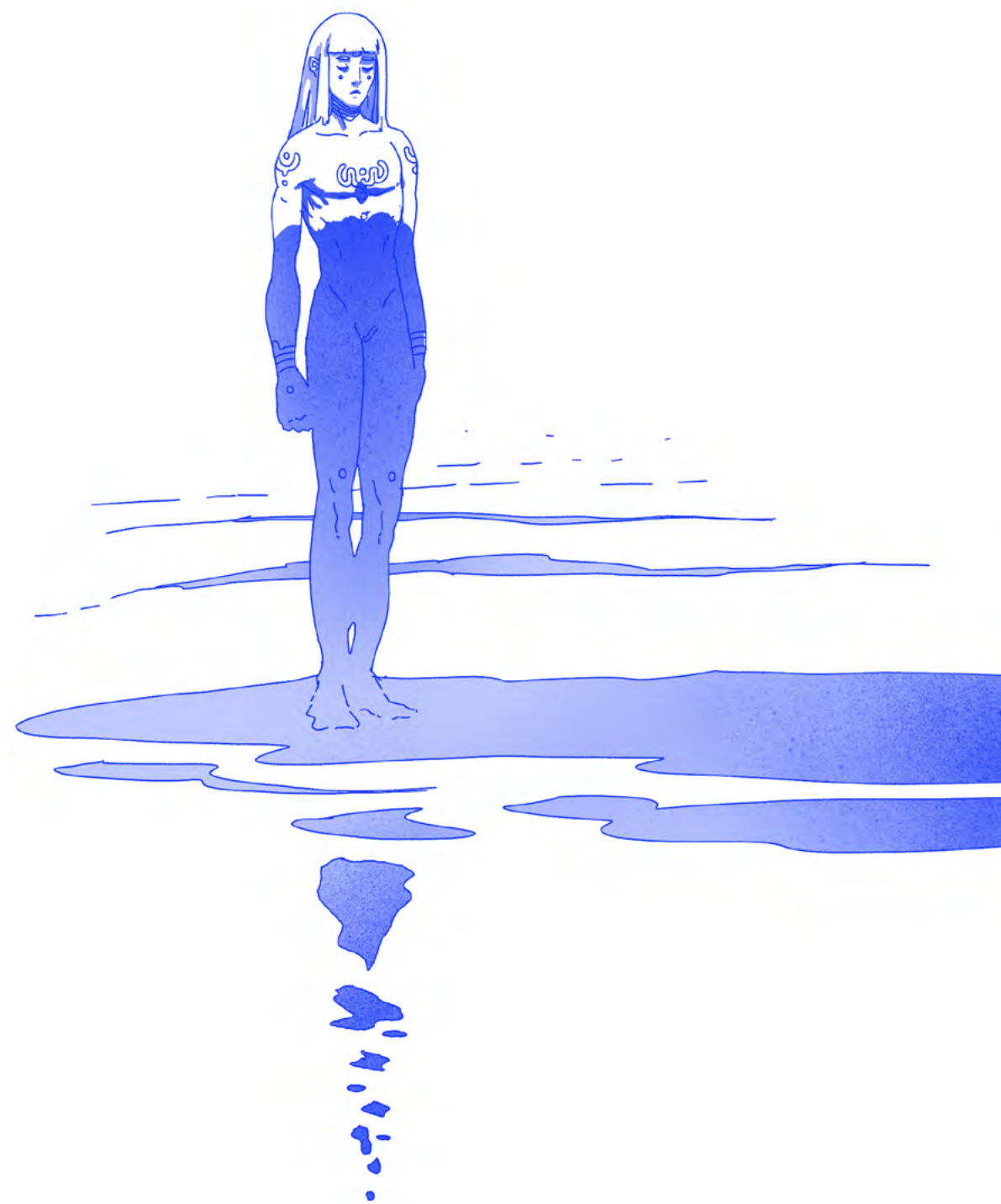
Enseguida los dejó atrás, y allí notó el aire tornarse seco y apaciguado de nuevo.



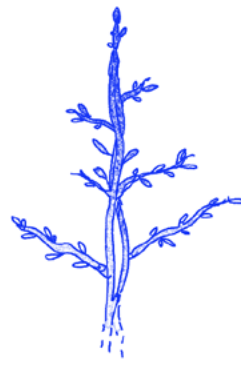


La silueta gigantesca de un árbol se fue dibujando poco a poco en la distancia,
como un fantasma emergiendo entre la calima

Naz continuó caminando hasta notar el contacto
con la sombra del árbol, fría y sólida sobre su piel.

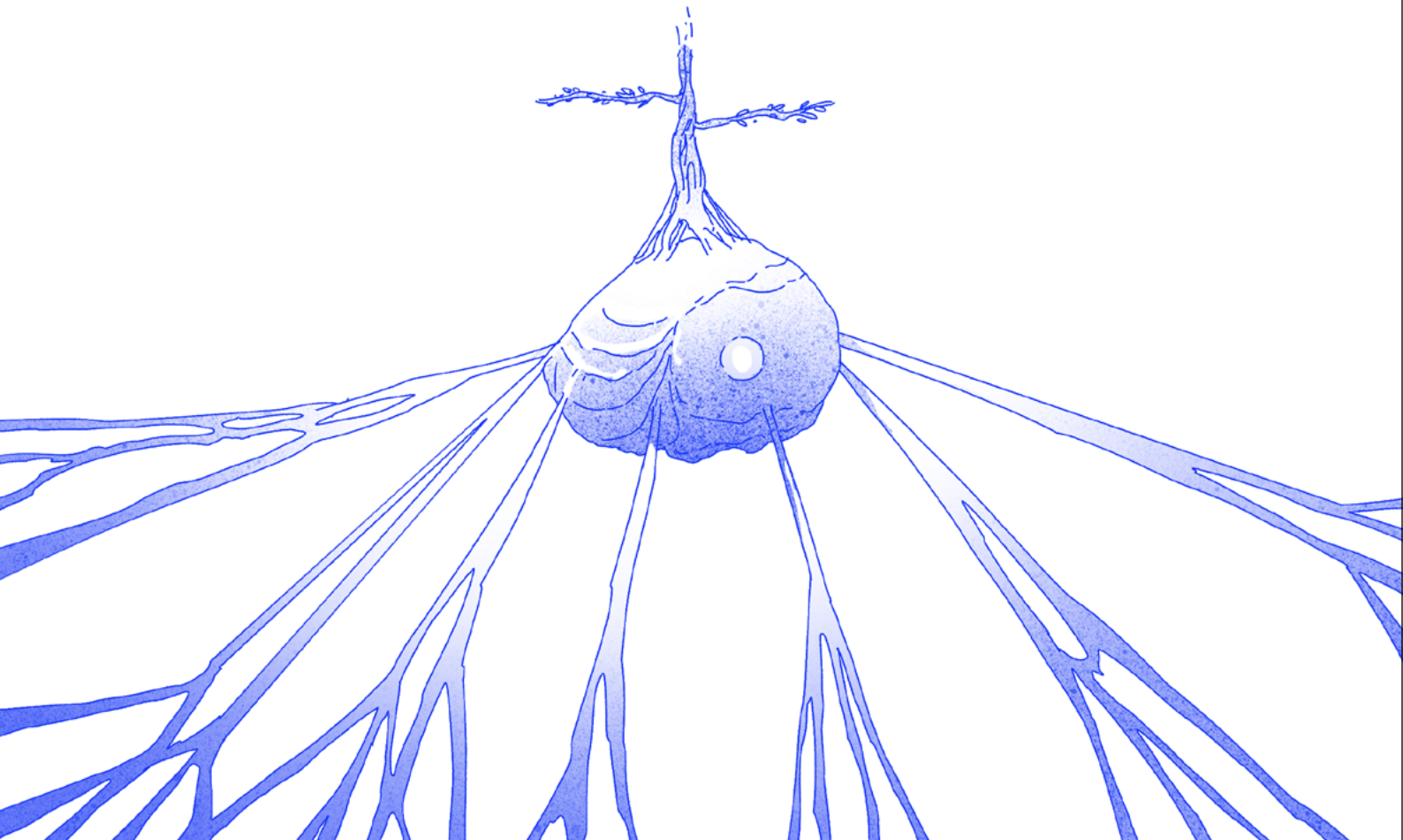


Trepó hasta la base irregular del árbol, y se detuvo unos instantes a contemplar el horizonte.

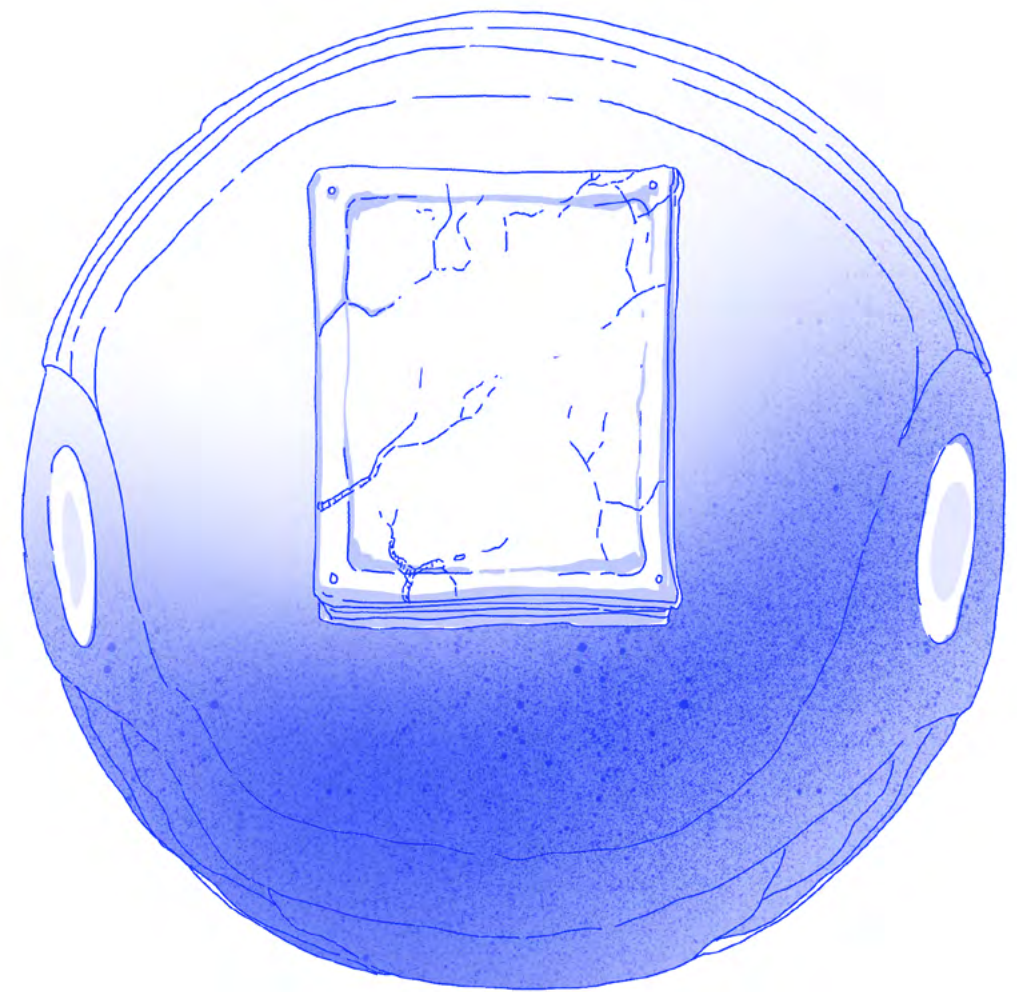


Había bautizado a ese lugar como Exuvia.
El enorme árbol crecía sobre lo que parecía un cascarón, una muda, como las que se podían encontrar cuando en el jardín aún había cigarras, escarabajos o grillos. Los insectos siempre las dejaban por ahí olvidadas, a merced del sol y del viento.

En cierta forma, el árbol aparentaba ser algo similar, como la cáscara de una criatura que se había tornado demasiado grande para sí misma, y había dejado atrás la vieja imagen de su antiguo cuerpo, un recuerdo sólido y hueco.



Naz se aproximó a una pequeña apertura en la que había montones de libros resguardados cuidadosamente de la luz del sol. Ese día escogió un pequeño tomo de bolsillo con las páginas muy finas.



Como la mayoría, el título y autor se habían perdido entre el cuero viejo y la tinta emborronada.

Naz se sentó sobre el gigantesco cascarón, sintiendo la superficie rugosa amoldarse a los contornos de su piel. Colocó el viejo tomo entre sus piernas, y aguardó unos instantes hasta considerar el momento adecuado para comenzar a leer.

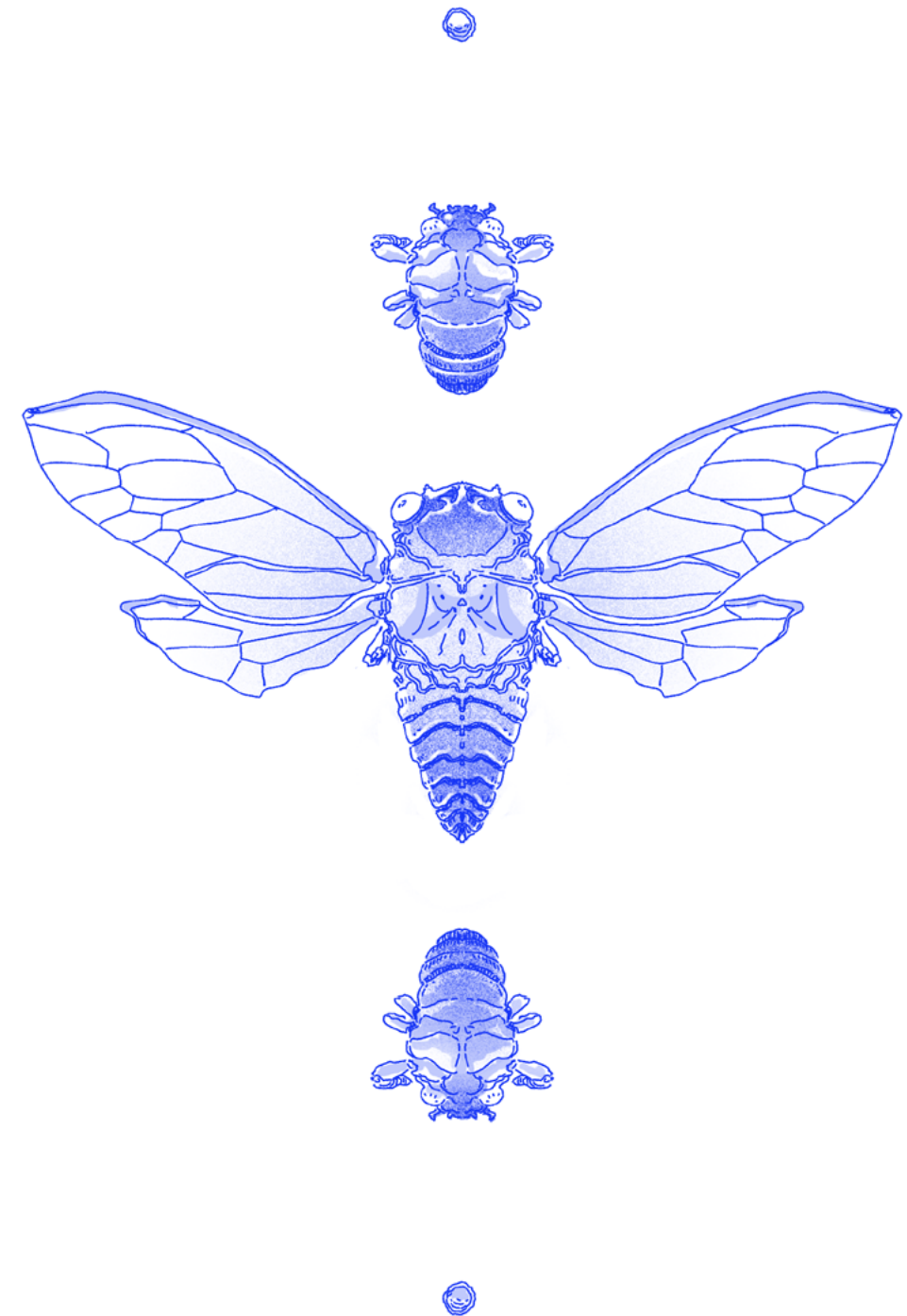
Notó a través de la gruesa corteza un débil latido que le resultó reconfortante.



III. ASCENSIÓN

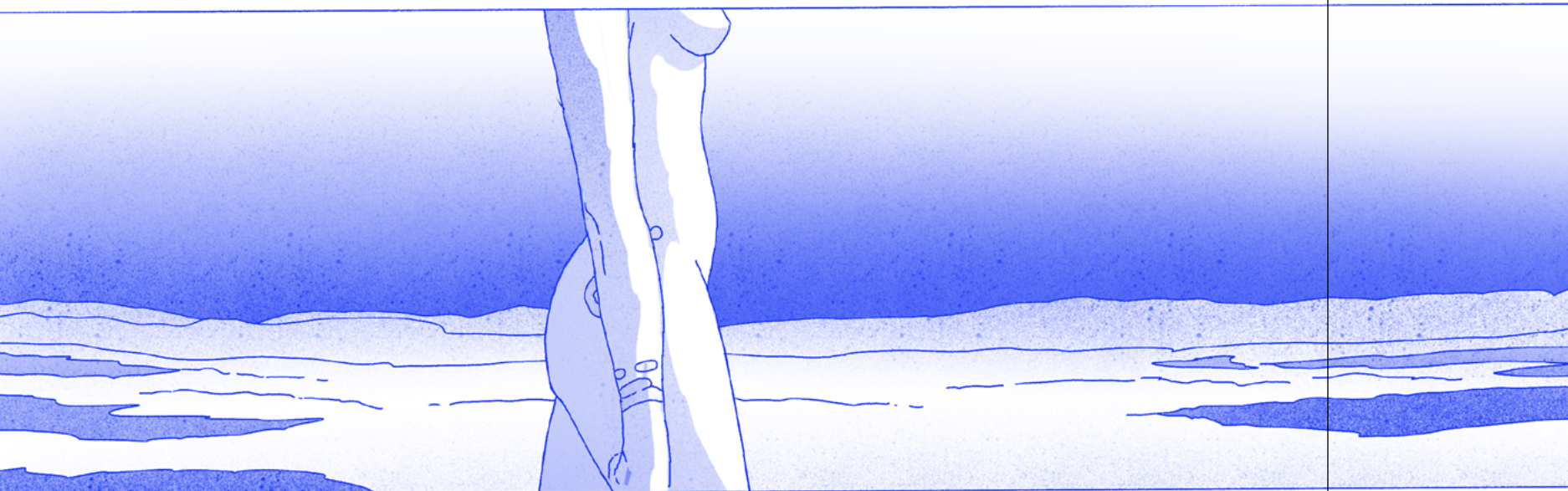
Tras haber permanecido más de diez años bajo tierra, la ninfa de la cigarra estará por fin lista, con los primeros días del verano, para despertar de nuevo.

Arrastrará su cuerpo reblandecido hasta ascender al mismo árbol donde fue engendrada, y allí realizará una última muda, extendiendo sus alas por fin.

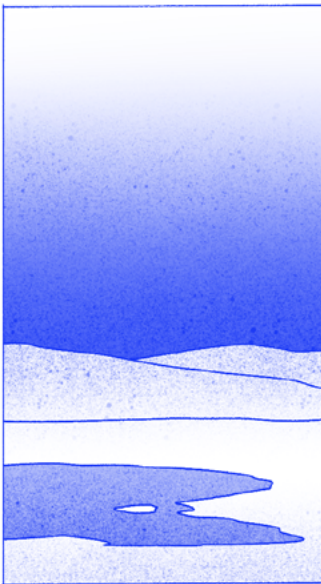


El ambiente del exterior azotó la piel lisa y blanca de Renn.

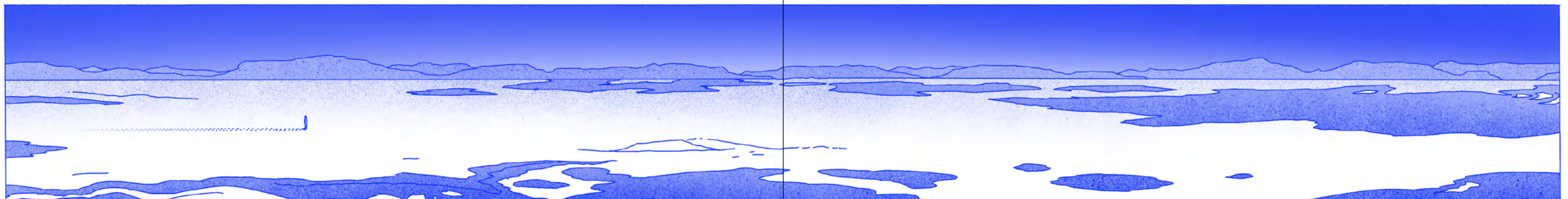
Fuera de jardín el aire era denso y desagradable, y el sol caía con violencia e inundaba el entorno de un calor pegajoso y afilado. Las rocas y el polvo ardían, cubriendo el horizonte de un brillo pálido y cegador.



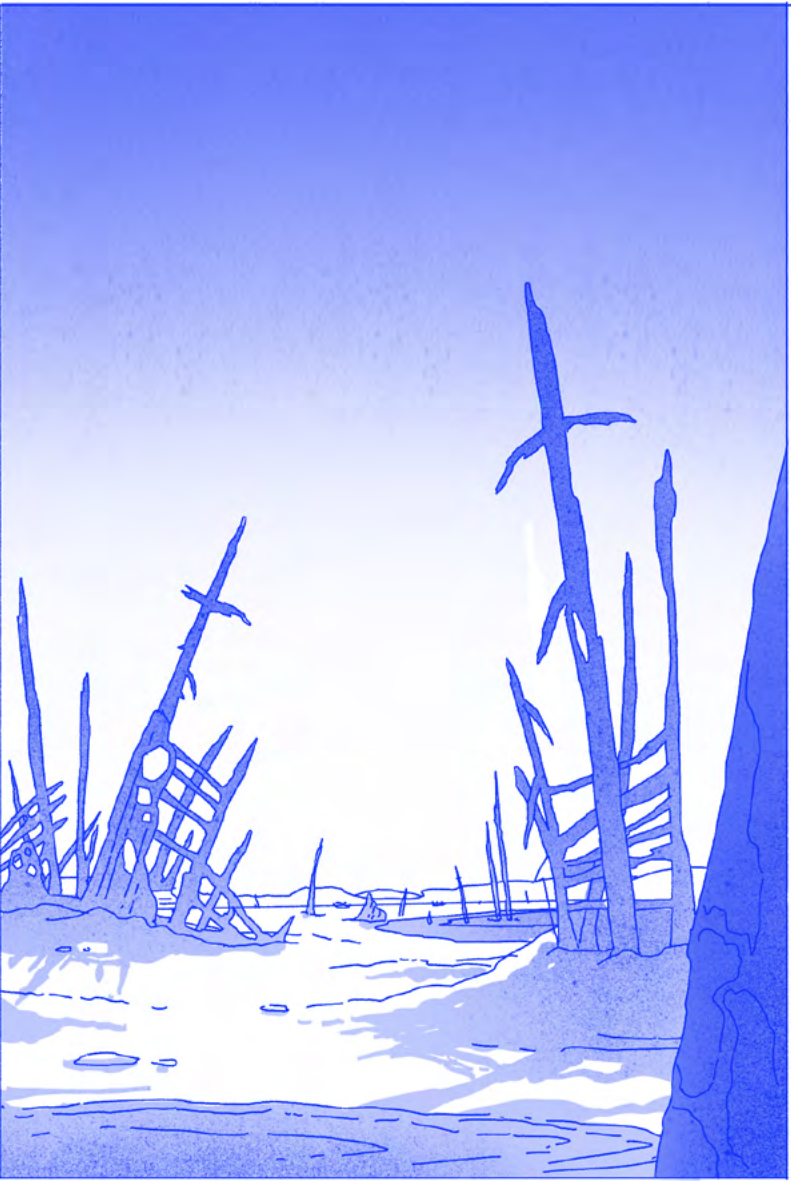
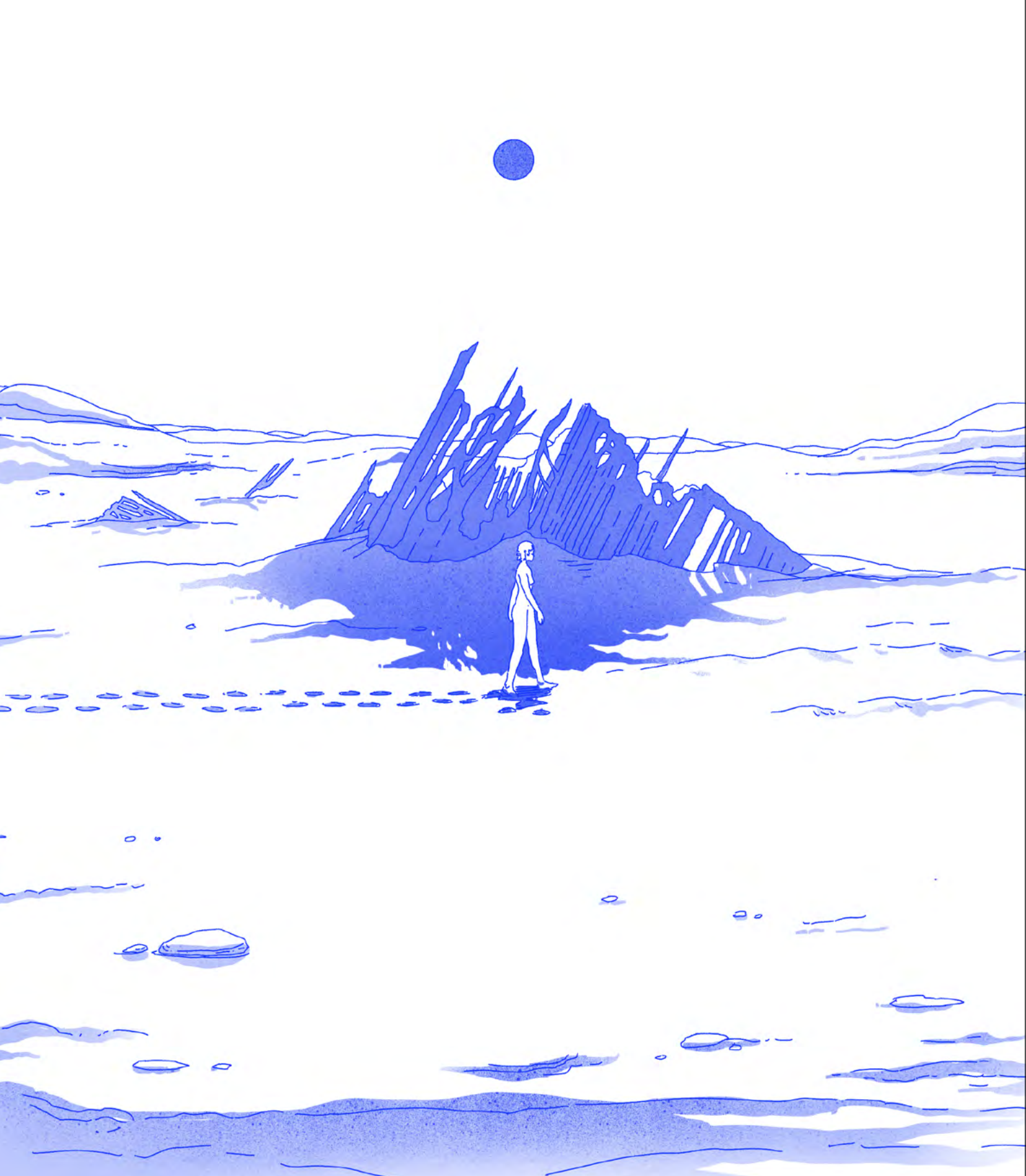
El canto de la cigarra la guiaba hacia la lejanía, y podía notar como su sonido se volvía más complejo y más hipnótico cuanto más avanzaba.



El exterior era un cuadro de ruina, un paisaje bucólico formado por praderas de piedra y lagunas del color de la sangre.



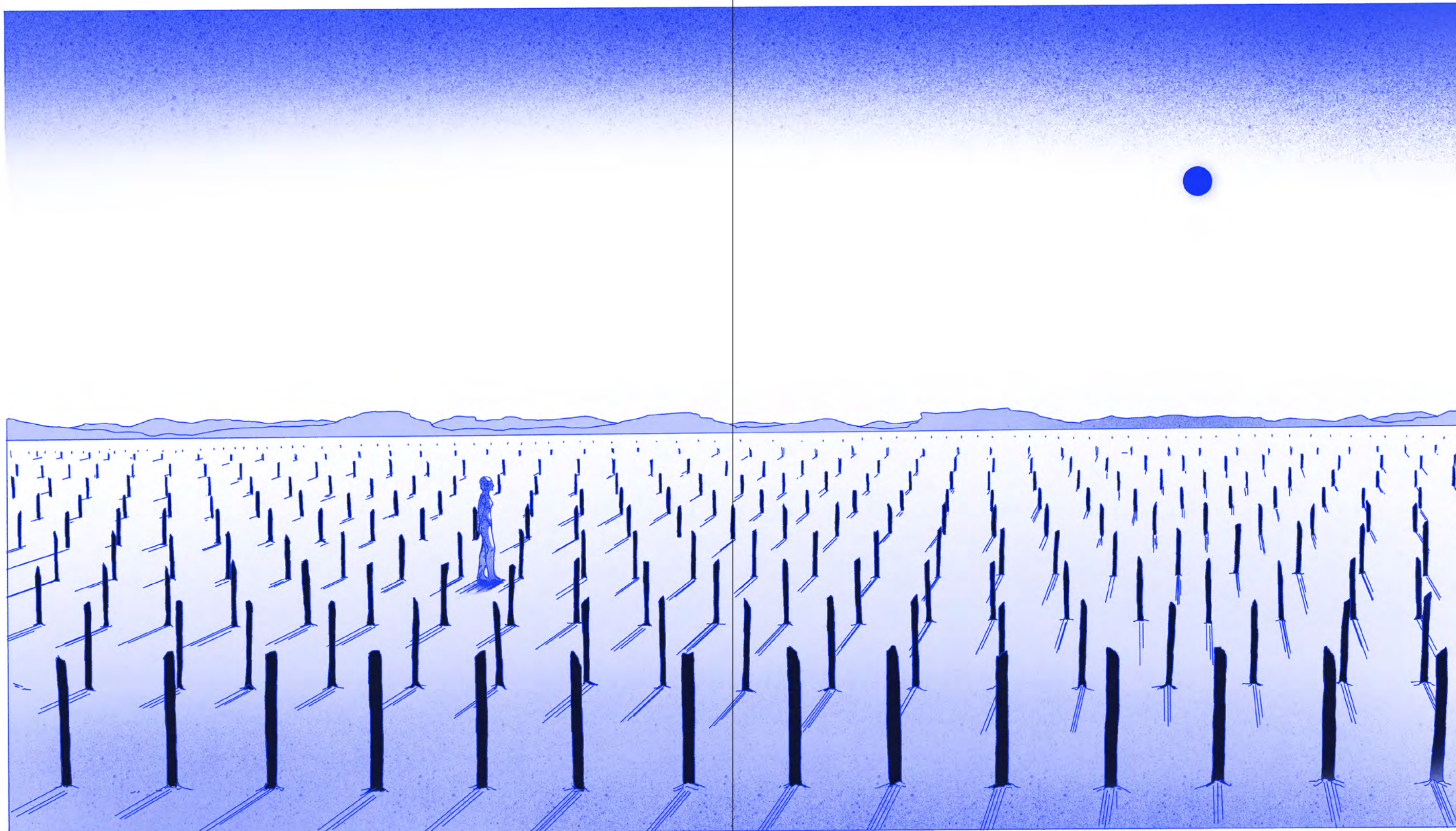
De vez en cuando aparecían lo que a Renn le parecieron restos de antiguas criaturas, armazones de herrumbre y hormigón enterrados bajo el polvo.



Sus cadáveres yacían oxidados y corroídos por la sal y el calor, hundidos bajo las montañas de una tierra sin nombre.

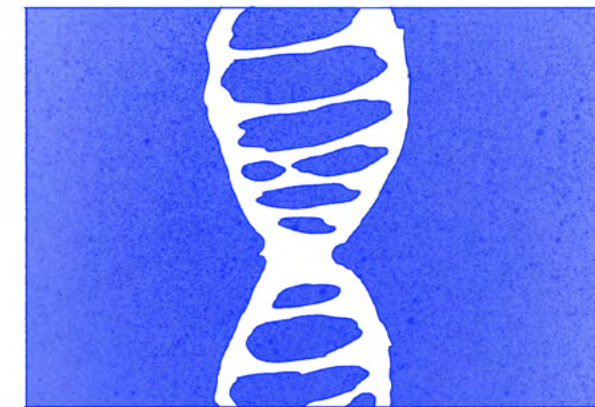
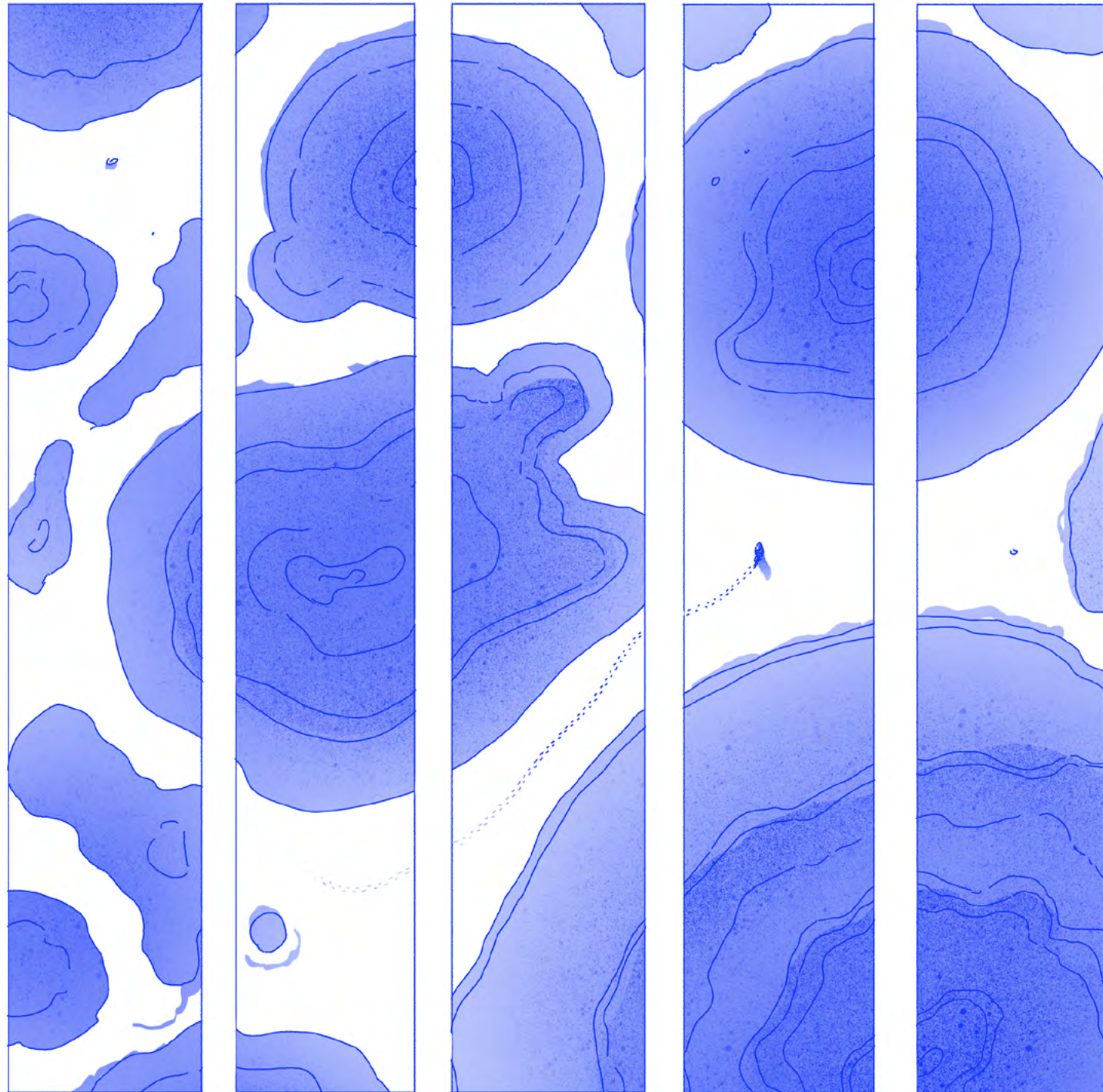
Renn llegó a un pequeño valle que le recordó a un campo de flores.
Sus oscuros tallos reposaban erguidos sobre el polvo, como sólidas briznas de hierba gris.

Paseó entre ellos, ajena a su significado.

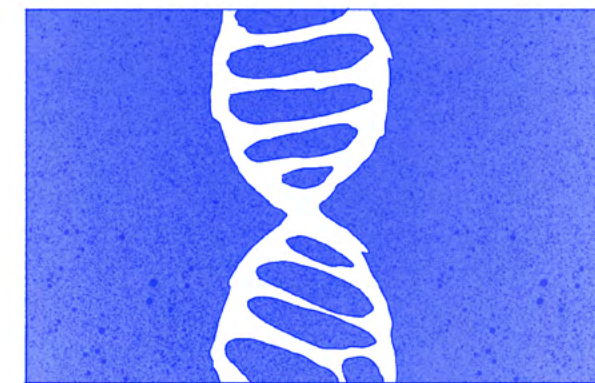


El terreno poco a poco comenzó a ser más abrupto, y amplios cráteres aparecieron progresivamente hasta que el suelo se tornó un mar de angostas venas que fluían como arroyos entre las cuencas de roca.

Renn serpenteó a través de ellas, y notó el zumbido de la cigarra hacerse cada vez más intenso y resonante.

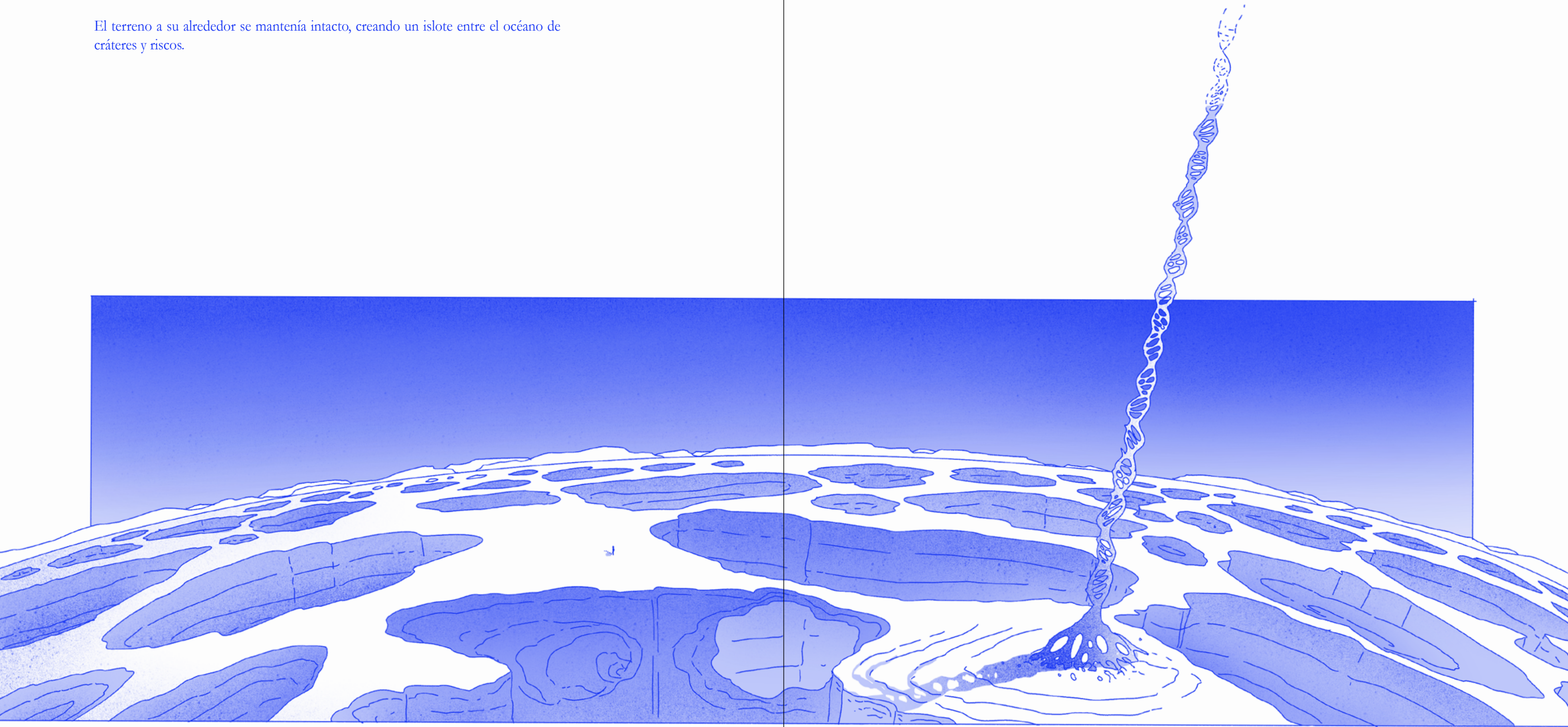


En ell horizonte divisó una silueta ascendente, que le pareció algo vagamente similar a un árbol.

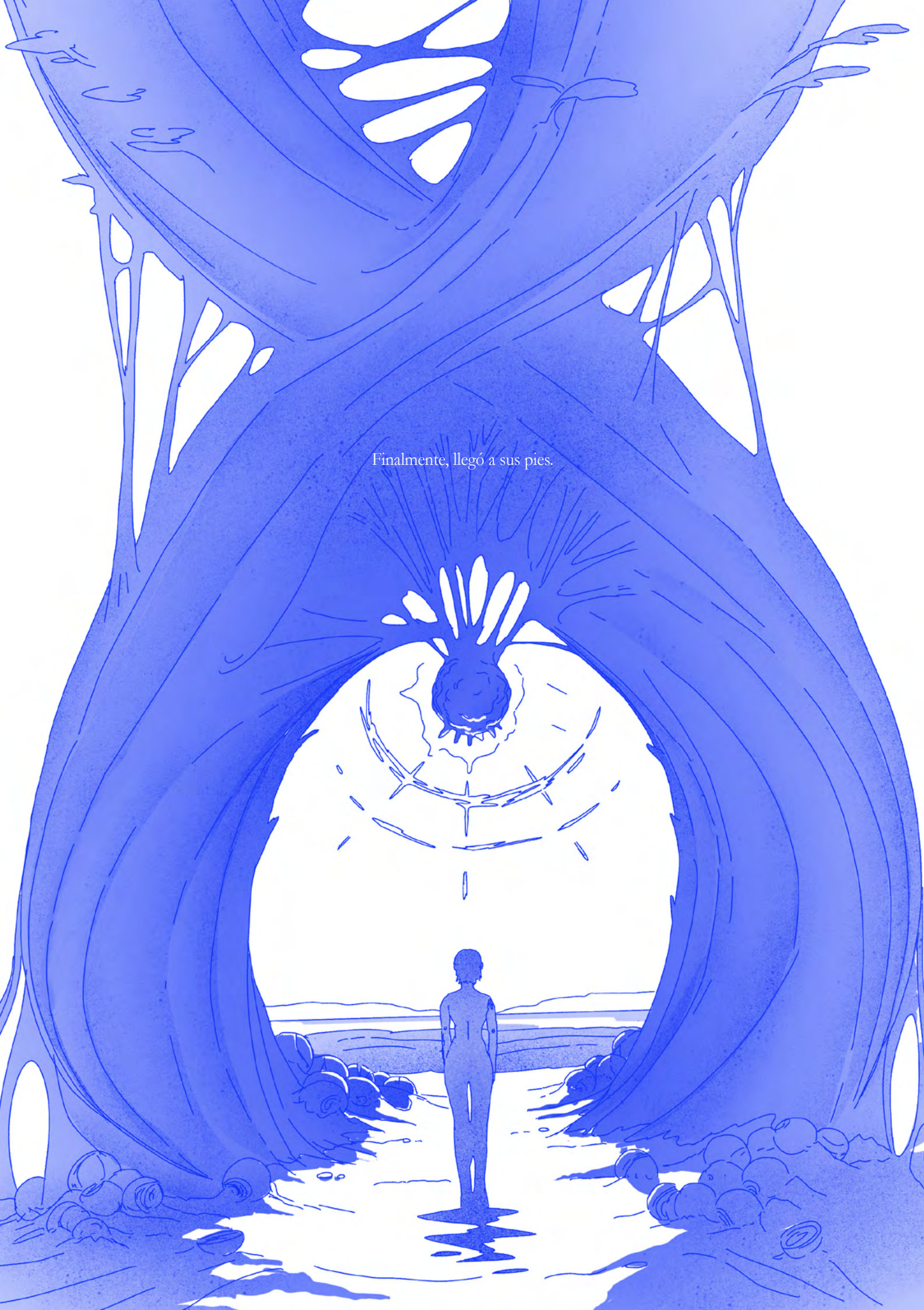


Sus contornos ascendían hasta perderse muy por encima de las nubes, mientras que sus robustas raíces parecían nutrirse del mismo corazón de la tierra.

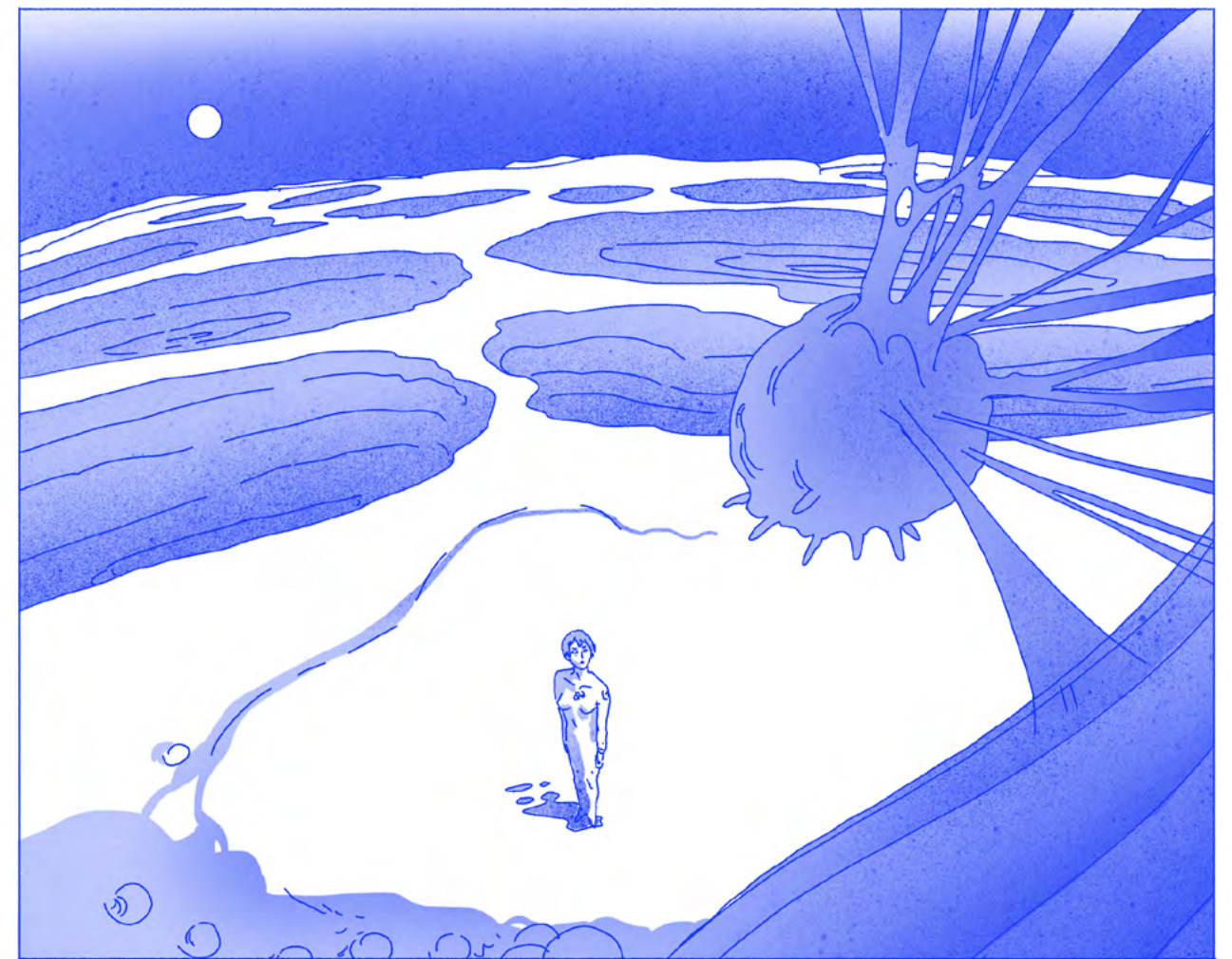
El terreno a su alrededor se mantenía intacto, creando un islote entre el océano de cráteres y riscos.



Renn avanzó a través de lo que se convirtió en un fino puente de roca hacia el Árbol.



Finalmente, llegó a sus pies.



Bajo el Árbol había montones de cascarones desechados, que se apilaban unos sobre otros entre la arena y el polvo.

No obstante, del árbol colgaba aún un fruto intacto, cubierto por una membrana carnosa.

De su interior surgía el canto de la cigarra, ahora convertido en un rugido ensordecedor que reverberaba en las montañas y hacía crujir el aire y temblar el polvo y los guijarros.

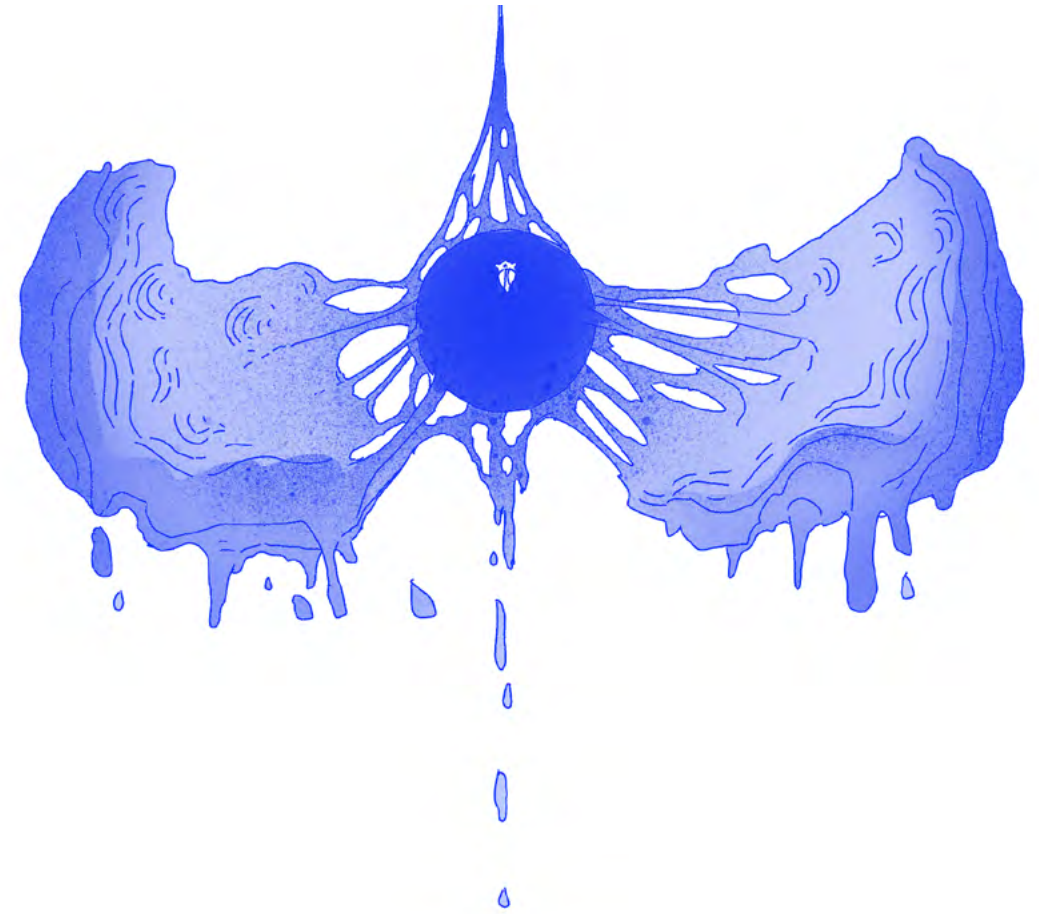
Renn se aproximó.

Ante su presencia el Árbol pareció estremecerse, palpitando en un innatural gesto de vida.

La rama de la que colgaba el fruto se extendió como un tentáculo, aproximándose con delicadeza sobre la cabeza de Renn.



La membrana que lo recubría comenzó a deshacerse, tornándose un líquido que se evaporó al contacto con la tierra ardiente.

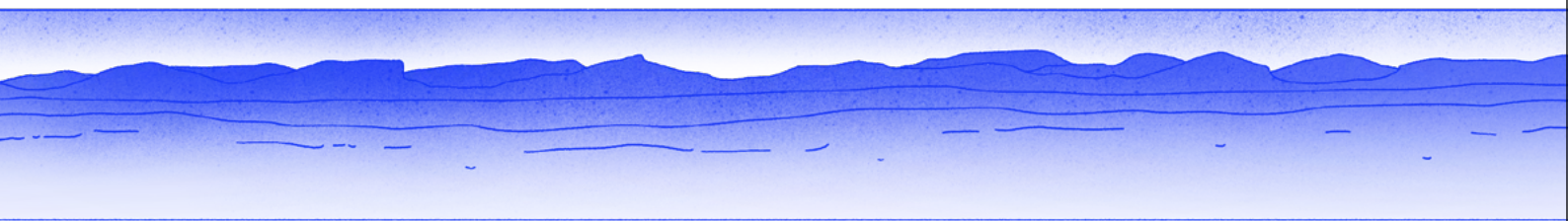


El canto de la cigarra calló.
Renn notó el fruto frío al tacto en su piel blanca y prístina.



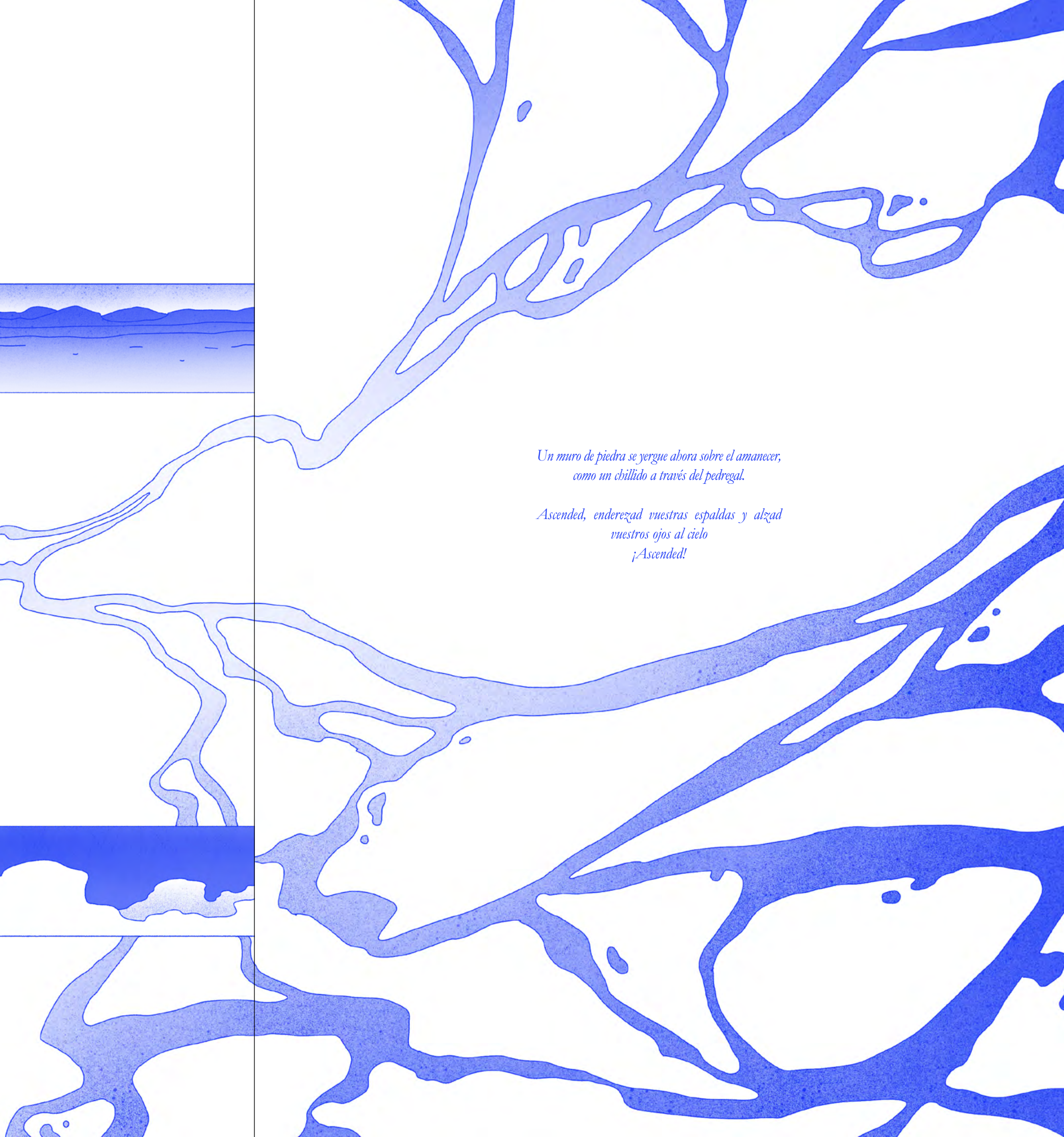
Se detuvo a observarlo más de cerca, y al hacerlo vio que se trataba más bien de una especie de artefacto, una extraña esfera de metal oscuro demasiado perfecta y demasiado sólida como para haber sido concebida por la tierra o los cielos.

La miró fijamente, perdiéndose entre sus recovecos.

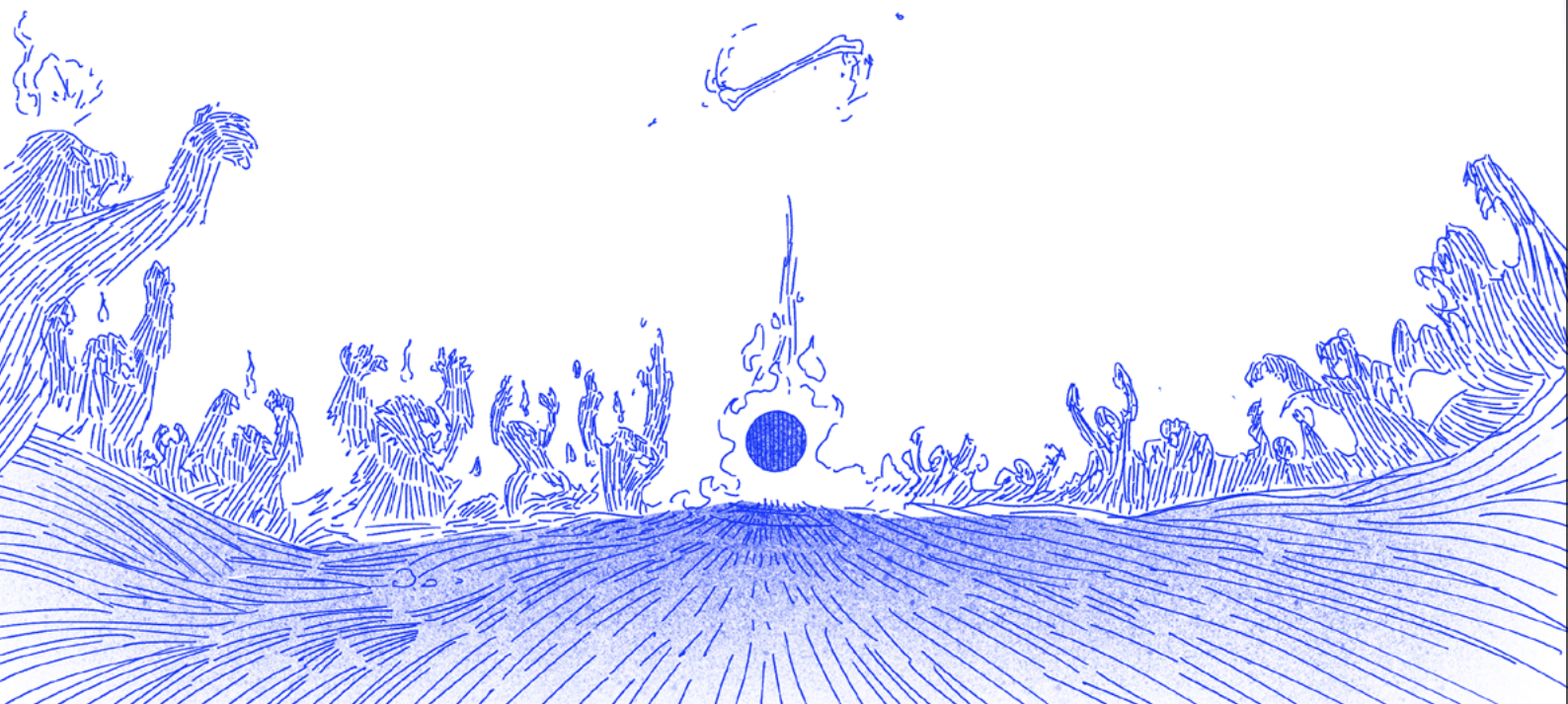
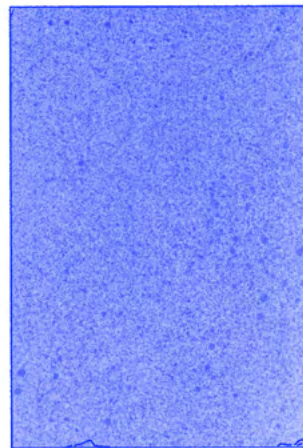


*Un muro de piedra se yergue ahora sobre el amanecer,
como un chillido a través del pedregal.*

*Ascended, enderezad vuestras espaldas y alzad
vuestros ojos al cielo
¡Ascended!*



*Y así hicieron, y en su ascenso
erigieron los sólidos pilares de
su reino sobre los restos de sus
hermanos y tallaron los rostros
de sus dioses en efigies de hueso
y sangre.*



*Lejano, desde antes del tiempo, resonó el
galope de cuatro caballos.*

*Su retumbar avanzaba sobre un océano de
cenizas y brasas, con una lentitud infinita.*



*A su llegada aguardaban ángeles de fuego
y viento y acero.*

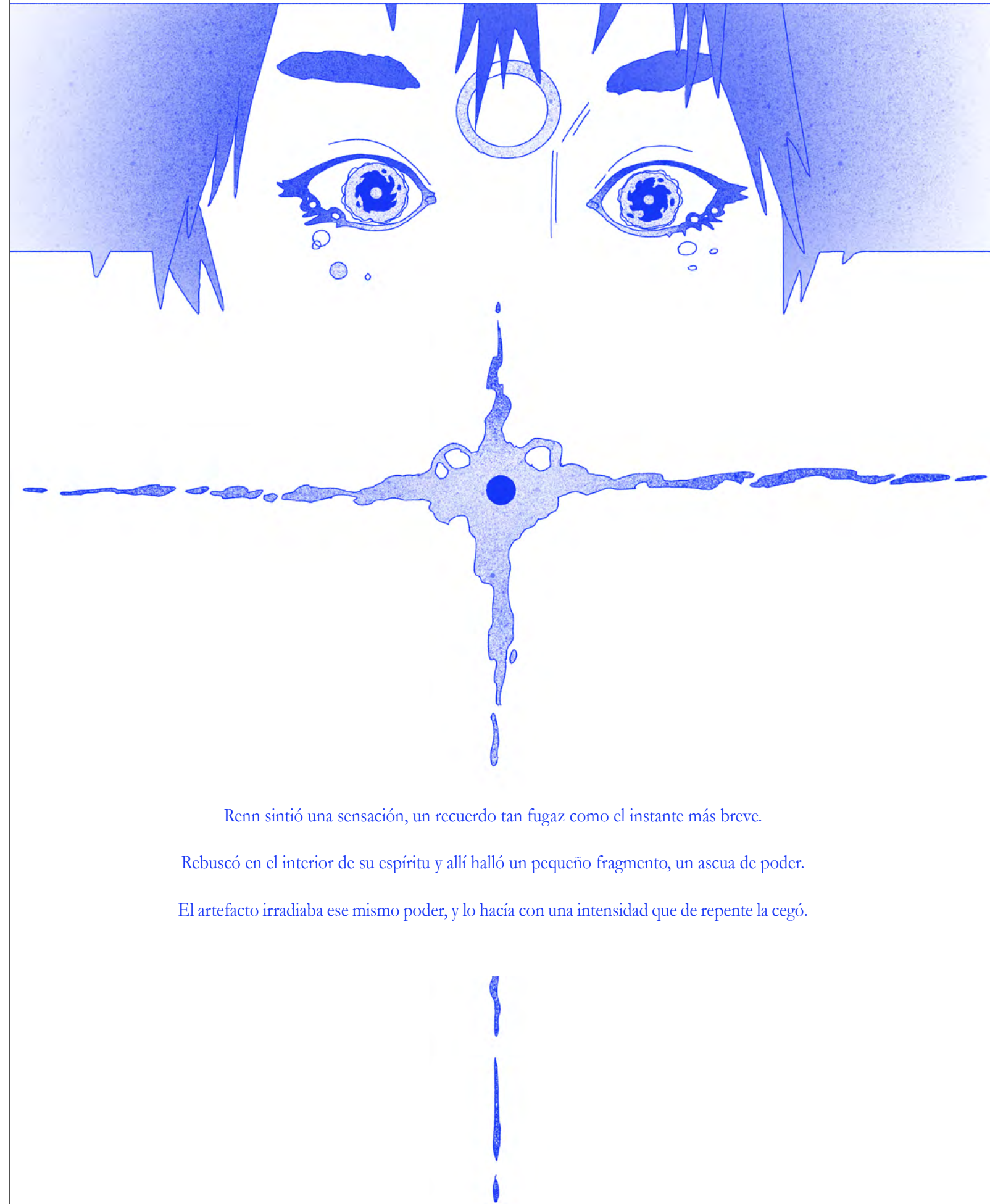
Y tras ellos, quedaría solo el silencio.

Renn sintió un escalofrío.

En la oscuridad y suavidad de aquel metal, atisbó algo que se escapaba de lo que era ella misma, algo superior a aquella tierra muerta y aquel cielo perpetuo.



El artefacto alojaba algo aforme e imperfecto en su interior, algo profundamente cambiante, una esencia ardiente y única.



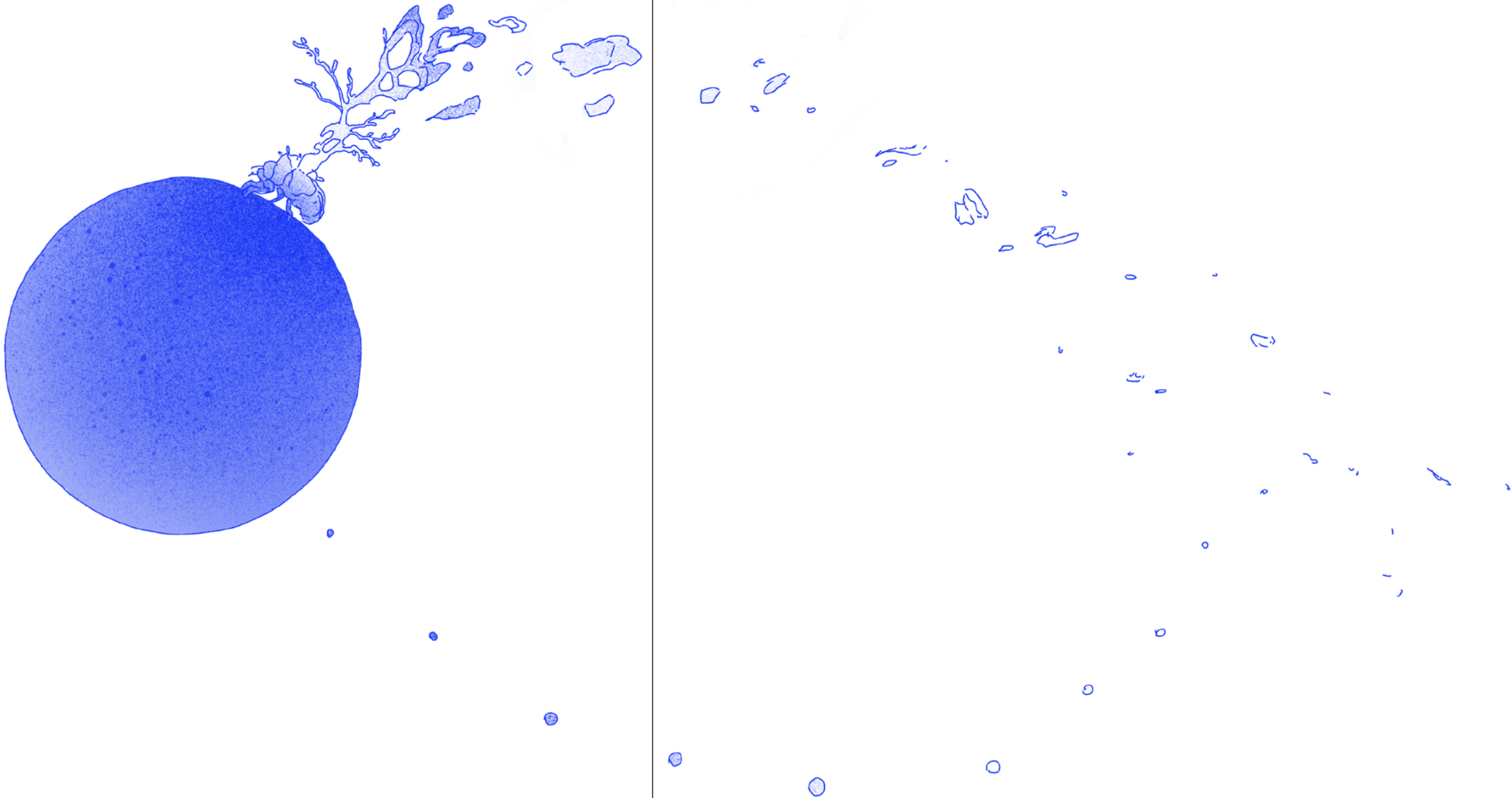
Renn sintió una sensación, un recuerdo tan fugaz como el instante más breve.

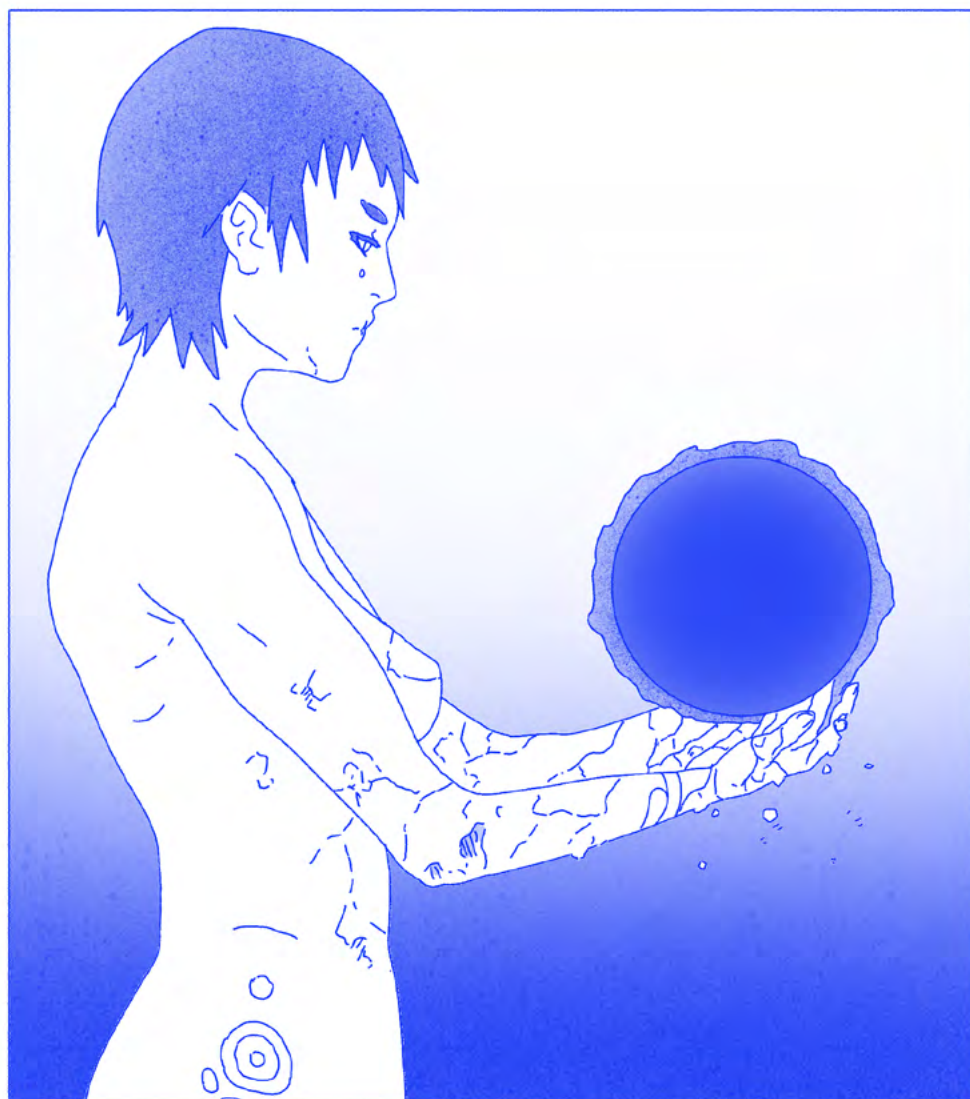
Rebuscó en el interior de su espíritu y allí halló un pequeño fragmento, un ascua de poder.

El artefacto irradiaba ese mismo poder, y lo hacía con una intensidad que de repente la cegó.

La cigarra, aún inmóvil sobre el fruto, mudó finalmente su piel,
mas de su interior no emergió ninguna cosa.

El aire arrastró su cascarón vacío, desvaneciéndose entre el polvo.





Renn sintió calidez, después debilidad, hambre y sueño. Sintió miedo, ira, y después paz.

Su piel, blanca e impoluta, comenzó a quebrarse en contacto con el artefacto, deshaciéndose en pequeñas y delicadas escamas que cayeron como ceniza al suelo.

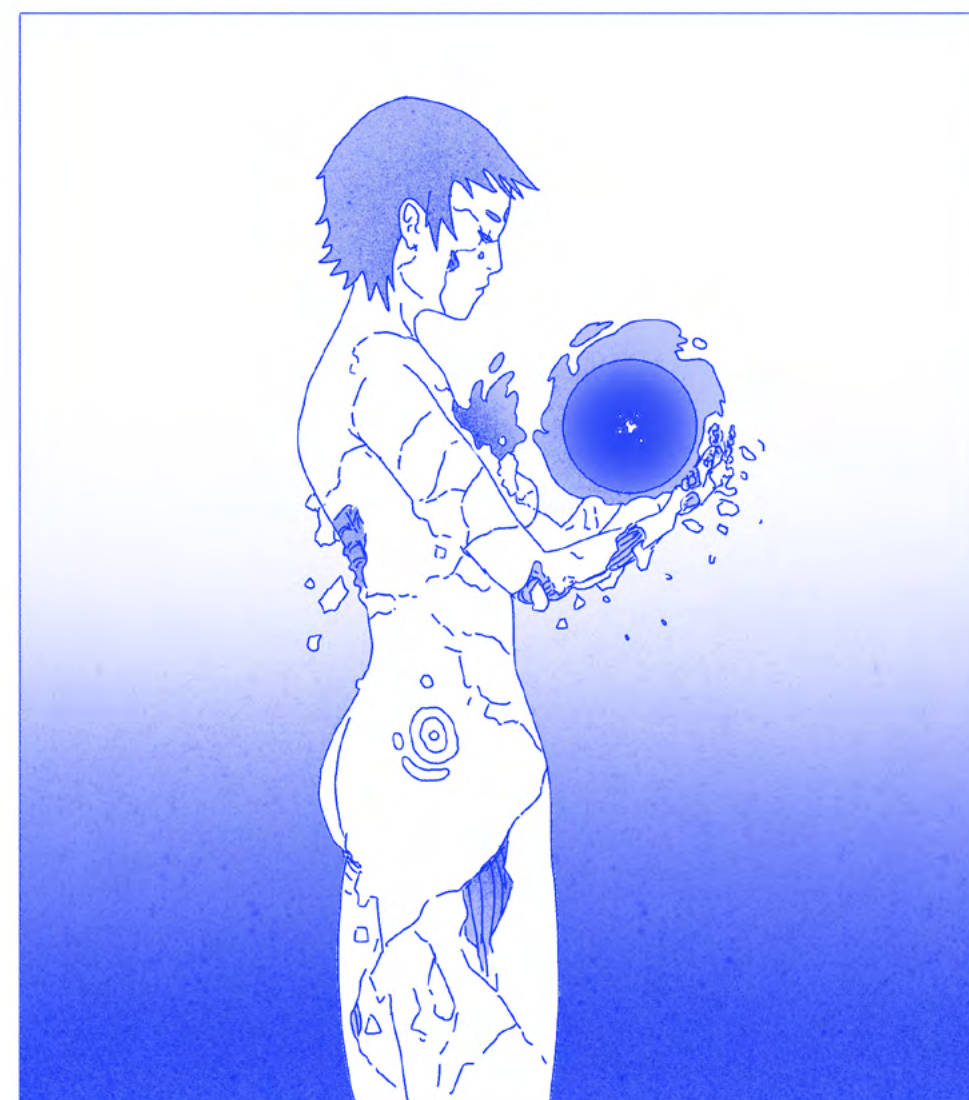
Sus dedos flaquearon, haciéndola aferrarse con más fuerza al fruto de metal.

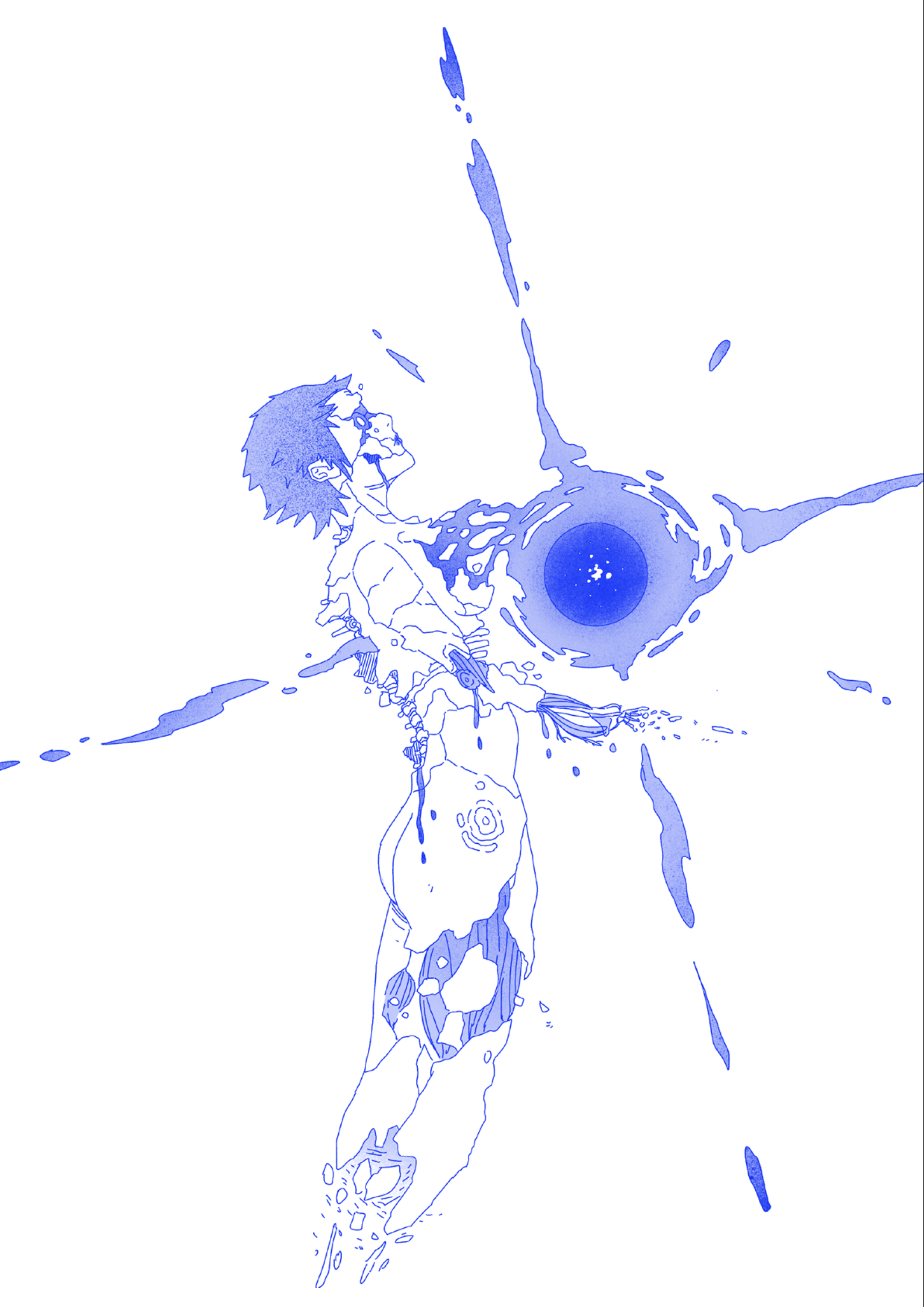
De su piel agrietada manó un fluido espeso y oscuro, y las suaves y delicadas piezas que conformaban a Renn quedaron expuestas al aire, resplandeciendo bajo el intenso sol.

Acunó la esfera metálica entre sus brazos, y su pecho comenzó a desvanecerse al contacto con la superficie del artefacto, pesado y ardiente.

El fruto se abrió paso poco a poco hasta la esencia pura de Renn, allí donde se albergaba aquello que ella era y que la distinguía del resto de cosas que no eran ella.

Una vez allí, arrancó el fuego que habitaba en lo más profundo de Renn.



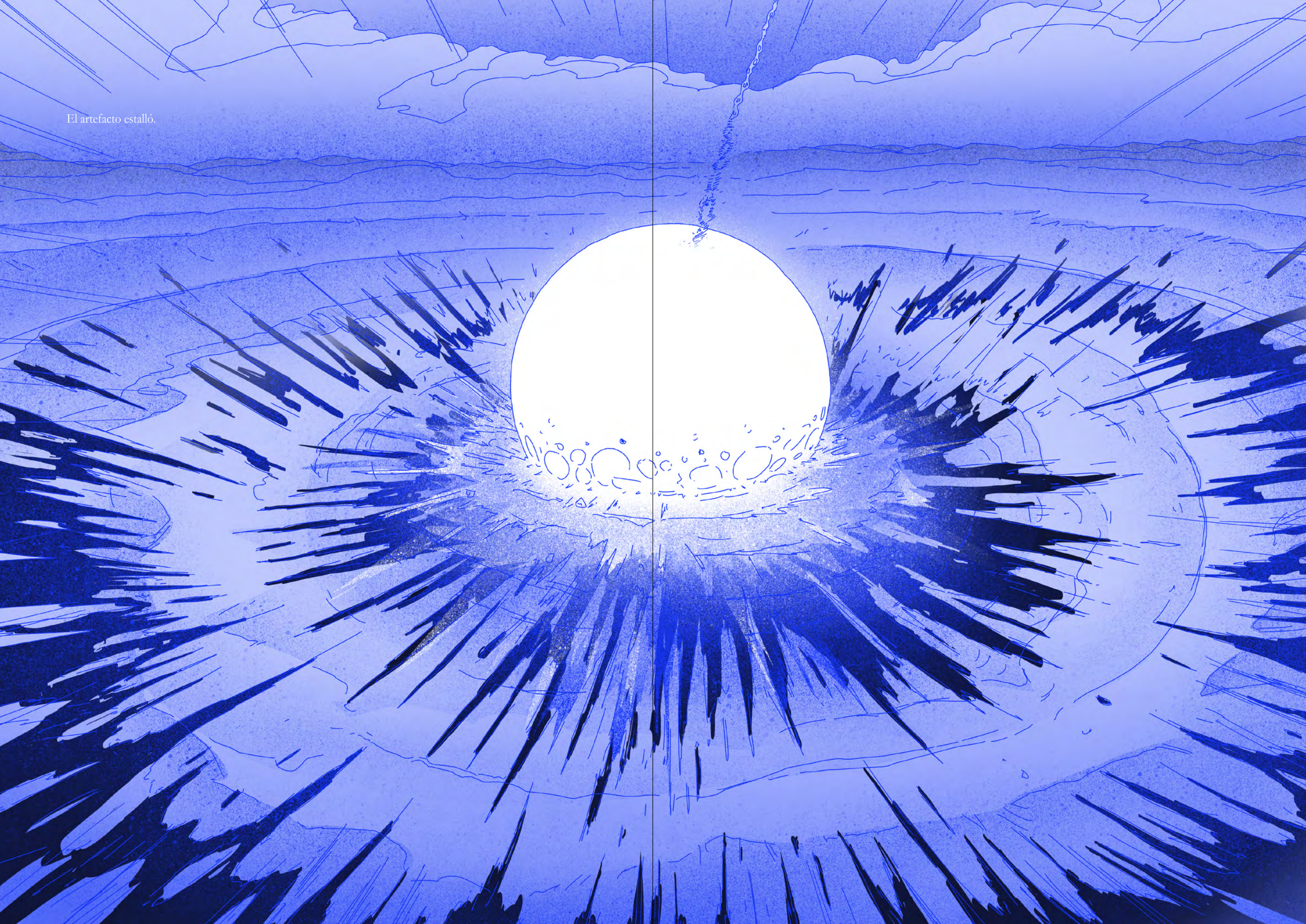


Ambas esencias, una vez ramas de un mismo árbol, se mezclaron de nuevo.
Fueron al mismo tiempo carne, máquina y divinidad.

Lejos de ahí, las palabras del viejo tomo resonaron en la mente
de Naz al ser leídas, como una sentencia antigua e irremediable.

*“Hasta que volváis a la tierra, que de ella fuisteis tomados,
pues polvo sois, y al polvo habréis de retornar.”*

El artefacto estalló.



Renn cesó de existir.

Naz cesó de existir.

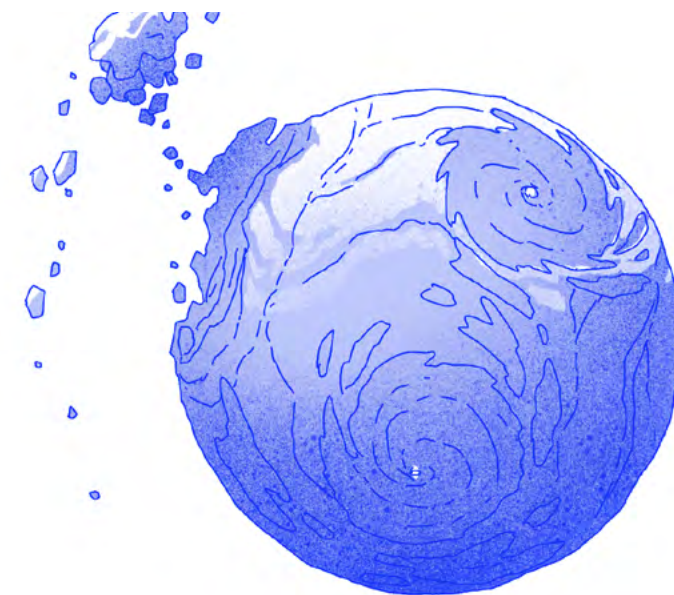
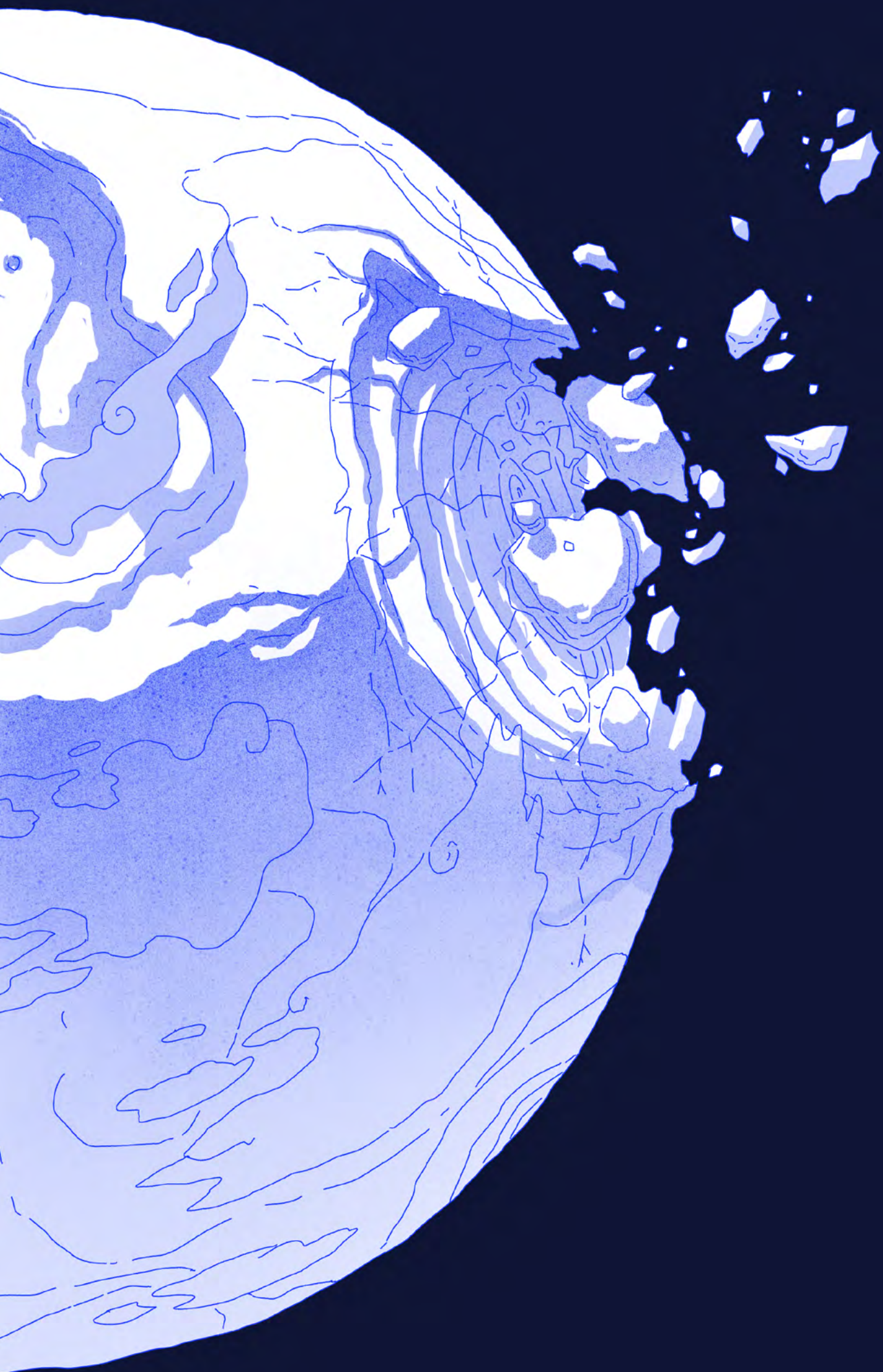
epílogo: GÉNESIS

*Durante su breve vida adulta, la cigarra cantará y buscará un nuevo lugar donde depositar sus huevos.
Una vez lo haya encontrado, morirá, marcando así el final y el inicio de un ciclo.*

Su cuerpo retornará, una última vez, a la tierra, y allí será pasto de las larvas y los hongos.

Su ausencia se convertirá en cuna de brisa y sol, como un suspiro largo y profundo.

*Su canto será entonces sólo un recuerdo, reverberando en silencio hasta que pueda oírse de nuevo,
como un eco entre polvo y sal.*

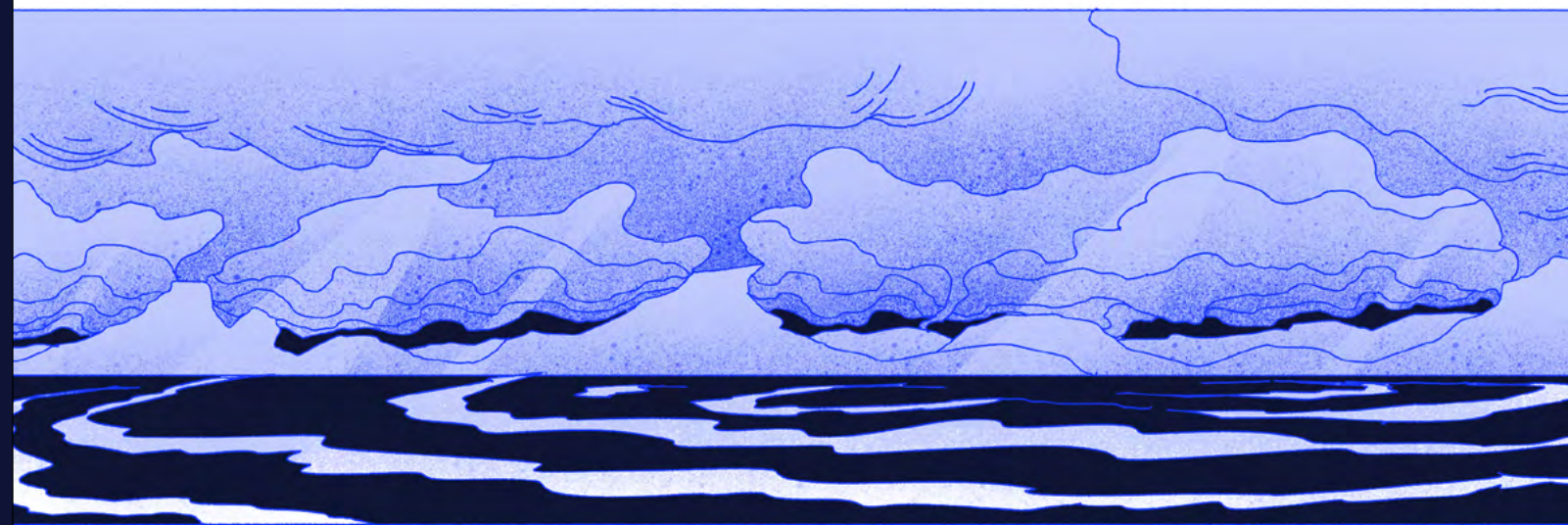


Y, tras morir finalmente, como despertando tras un letargo infinito, las entrañas bajo la corteza volvieron a rugir.

Las llamas fundieron de nuevo roca y hierro y el vapor retornó a los cielos.

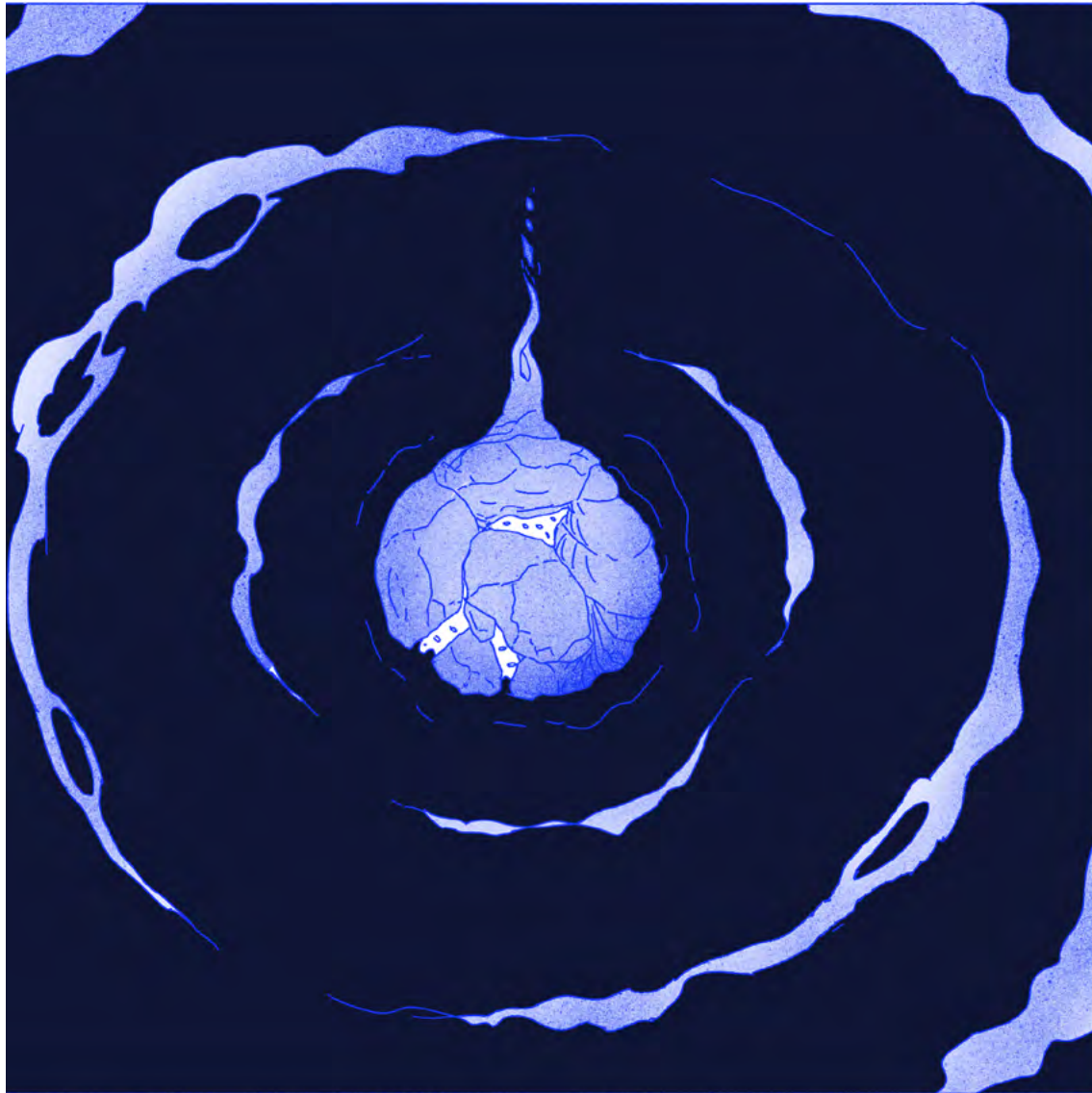
Cayó una noche perpetua. En la noche volvió aquello olvidado: retornó el rayo, la lluvia y el viento.

Con agua y magma, desde el cielo y los infiernos, La Tierra se forjó a sí misma de nuevo.



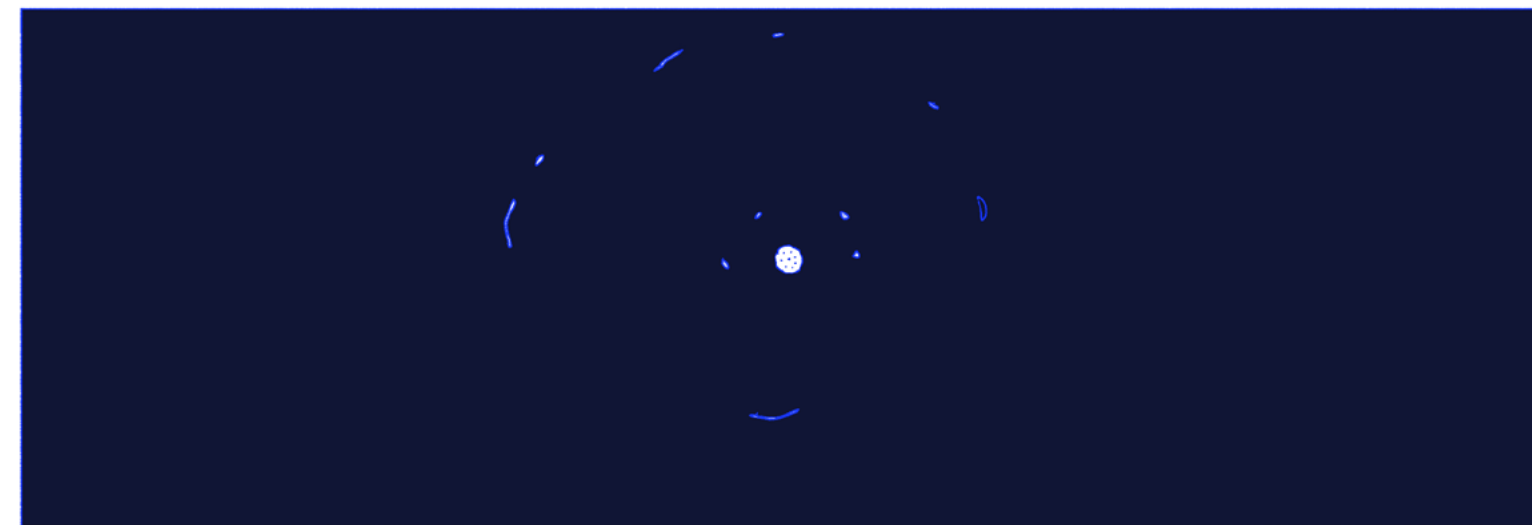
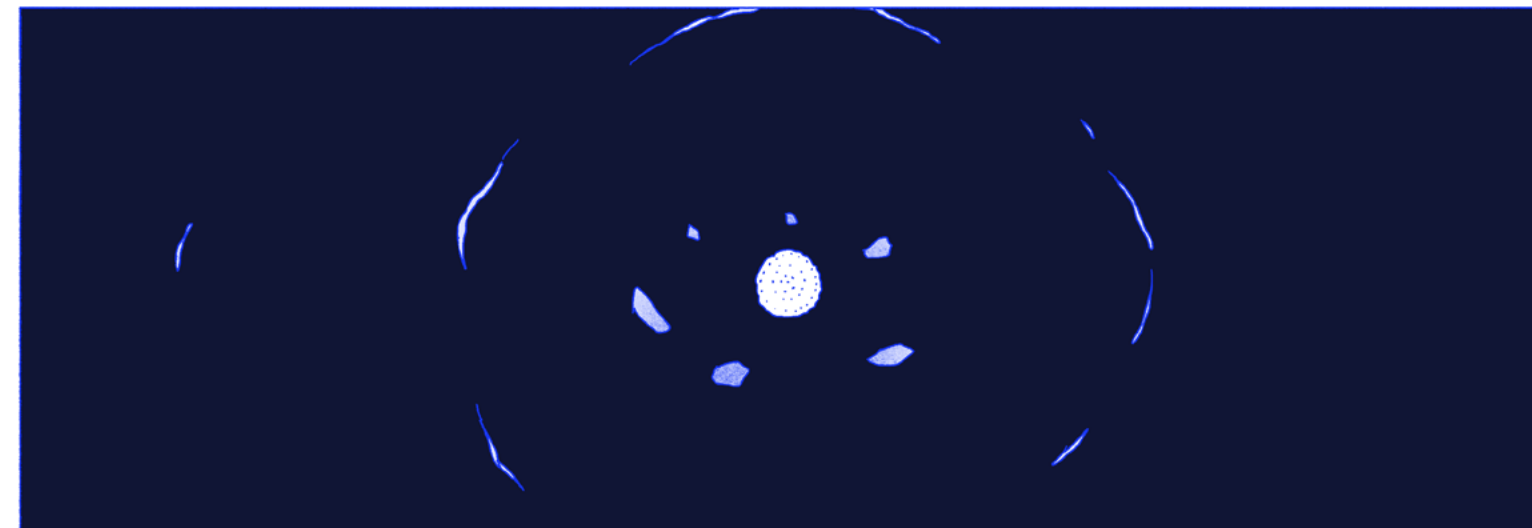
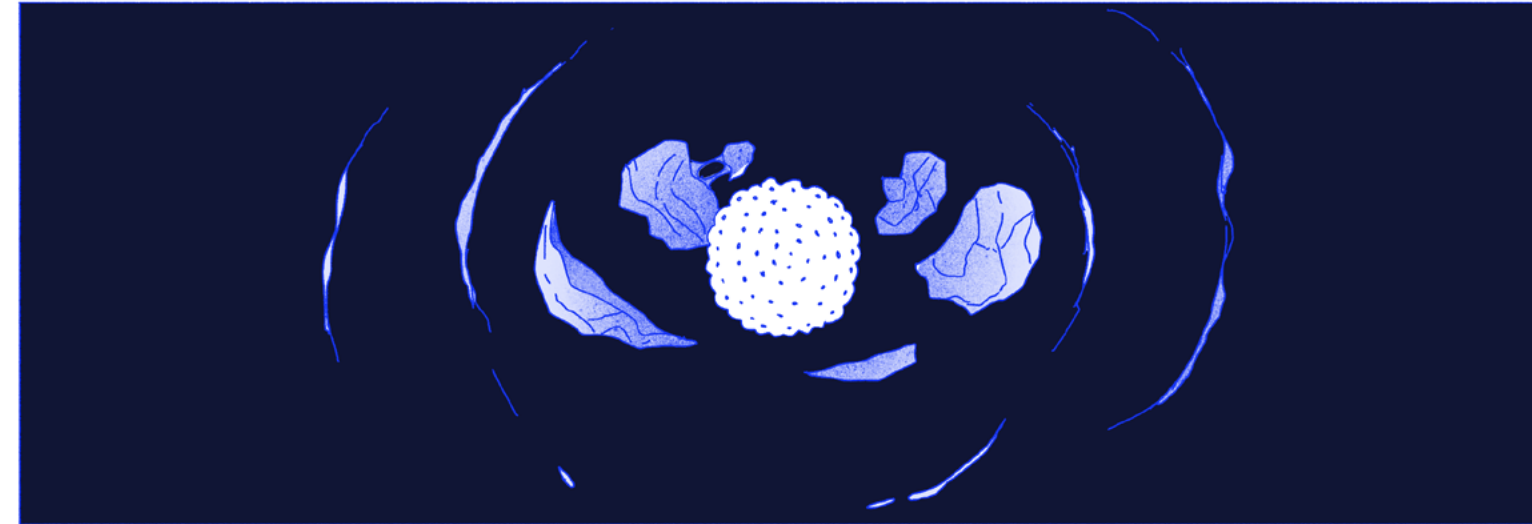
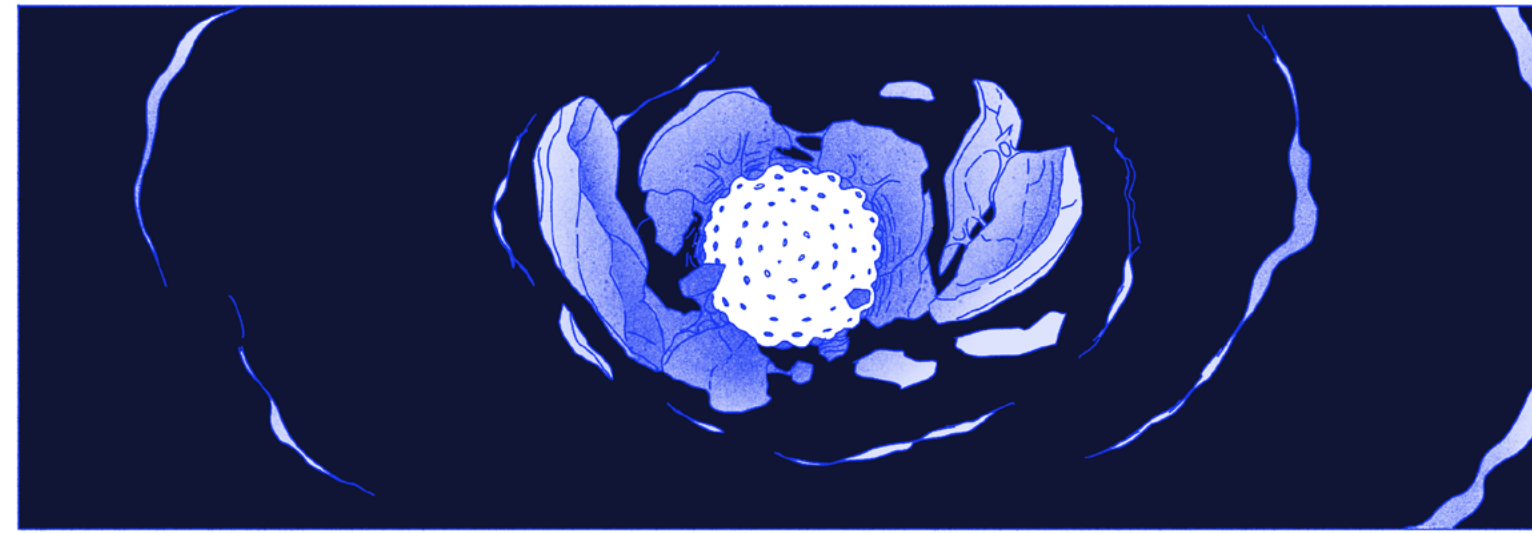
Y entre la oscura turbulencia, emergió algo frágil y pálido.

Como un cascarón desechado y quebrado, un germen,
un fruto redondeado y veteado, flotaba entre las aguas.



Latía suavemente, y de su interior manó de nuevo vida.

Sus pedazos se alejaron, y el fruto hundió poco a poco
en las profundidades del oscuro océano.





Suspendido y solitario entre el vacío y la negrura, como
una mota de polvo.